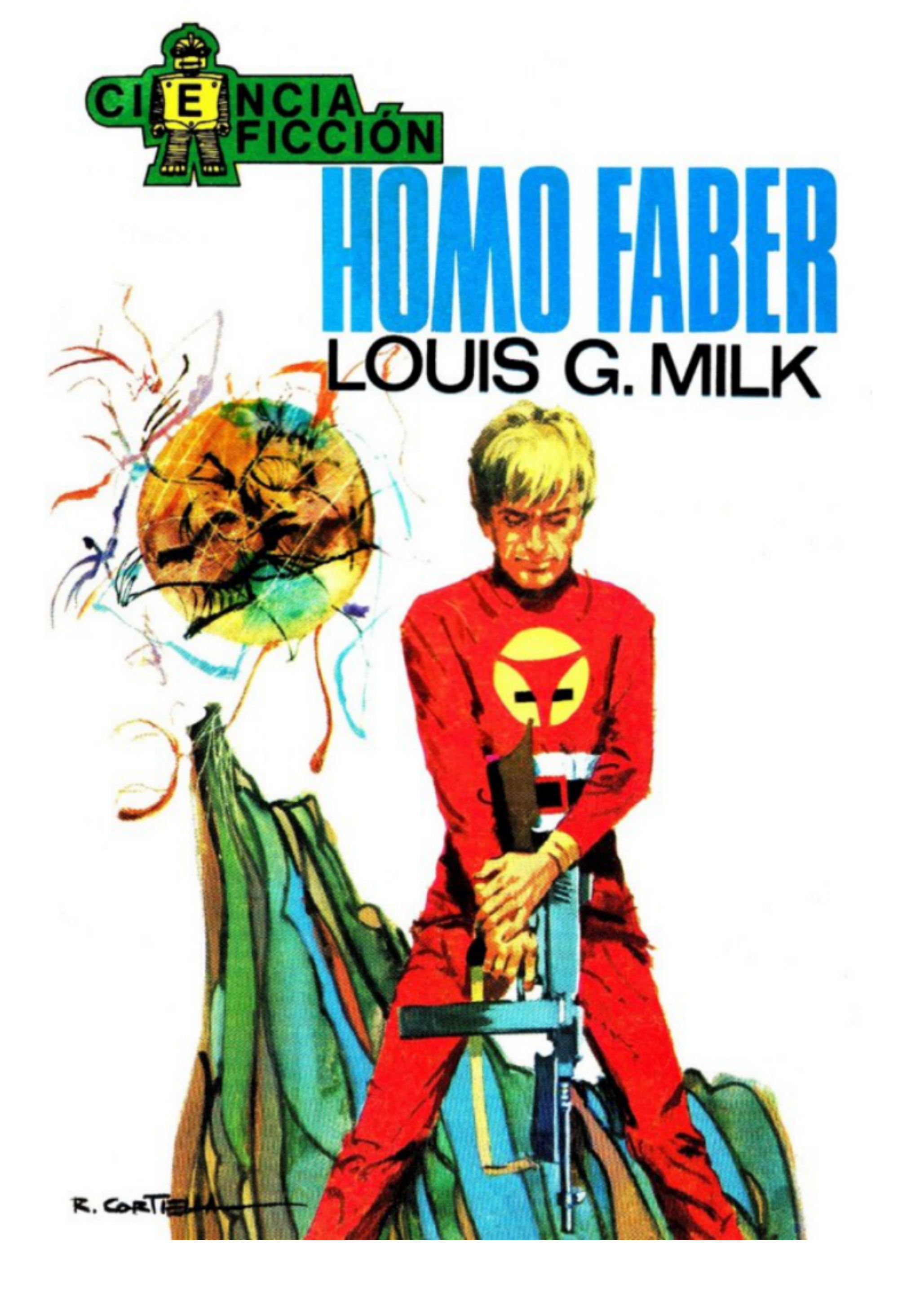

CIENCIA FICCIÓN
HOMO FABER
LOUIS G. MILK
R. CORTIELLA

HOMO FABER

LOUIS G. MILK

HOMO FABER

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Dep. Legal: B. 17.145 – 1970

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Era un *Homo Faber,* pero no lo sabía.

O no se lo habían dicho. O nadie hablaba de ello. O ni él mismo quería saberlo.

Nombre: *Rickett Mitchens.* Edad, *31 años. Soltero. Pelo castaño. Ojos marrones. 1,84 m de estatura.*

Profesión: *Supervisor de 10.º categoría.* Lugar de empleo: *Fábrica número 75.093.*

Domicilio: *Avenida 619, 25.442, 63- planta, vivienda 87.*

Éstos eran los datos personales más sobresalientes del *Homo Faber.* De un ejemplar cualquiera entre cientos de millones más como él.

Trabajo, comida, descanso, recreo, descanso, trabajo...

El *Homo Faber* no pensaba. Ningún *Homo Faber* pensaba.

Hubo un tiempo en que estaba prohibido pensar. La prohibición continuaba en vigor, pero nadie sentía interés en quebrantarla.

¿Para qué? Primero era preciso pensar y, si no se pensaba, ¿cómo se podía razonar para quebrantar lo prohibido?

Un suave tañido de campana señaló el fin de la jornada de trabajo del *Homo Faber.* Había sido un día de dura labor: Rickett Mitchens se había visto obligado a revisar personalmente tres tornillos defectuosos, elaborados por la máquina que supervisaba.

La máquina, naturalmente, disponía de su propia computadora. Mitchens había solicitado información acerca del defecto, señalado por ella misma.

El informe decía que se debía a una alteración estructural molecular del acero de los tornillos, alteración accidental, no imputable a cosas humanas y que ya estaba siendo corregida.

Mitchens traspasó el informe a la Intendencia de 2.° Orden y se despreocupó del asunto. Ése fue todo su trabajo durante seis horas de su jornada.

Después de sonar la campana, otro *Homo Faber* ocupó su puesto. La producción no podía detenerse jamás.

Mitchens descendió de su caseta de observación y se situó sobre una cinta de gris claro, emparejado con otro empleado. Delante de ellos viajaban otros dos y también detrás. La cinta tenía una longitud que parecía inacabable y aparecía repleta de operarios.

Ninguno de ellos hablaba. ¿Para qué?

La conversación exige un mínimo de reflexión y reflexión es pensar. El *Homo Faber* no pensaba, luego no hablaba.

Sonó un pito. La cinta se puso en movimiento lentamente.

Mitchens levantó un pie, luego el otro... A los pocos momentos realizaba el ejercicio correspondiente a una carrera a paso gimnástico.

Y con él, todos los demás *Homo Faber* de la fábrica.

En silencio, sin hablar, sin pensar...

Uno, dos... uno, dos... uno, dos... Codos pegados al cuerpo, inspirar, espirar... uno, dos...

El ejercicio duró veinte minutos. A fin de cuentas, el *Homo Faber* tenía músculos y era preciso mantenerlos elásticos.

El ejercicio finalizó cuando sonó otro pito. Entonces, cientos de piernas se pararon y los operarios se dejaron llevar por la cinta hacia un túnel situado al final.

Dentro del túnel llovía con fuerza. Mitchens soportó estoicamente el chaparrón de agua fría, que arrastró el sudor provocado por el ejercicio, sin necesidad de quitarse el traje que vestía, hecho de una sola pieza de tejido cálido en invernó y fresco en verano.

Salió de la ducha y una poderosa corriente de aire caliente lo secó en pocos instantes. Al fin, se encontró en la calle.

Hombres y mujeres vestían de la misma manera y todos de un mismo color: gris.

El color del *Homo Faber*.

Nadie hablaba, nadie miraba a otro, los hombres no hablaban con las mujeres ni las mujeres con los hombres.

Los hombres no miraban a las mujeres ni las mujeres miraban a los hombres.

Porque nadie pensaba.

Rickett Mitchens buscó una cinta transportadora, que debía llevarle hasta su domicilio. El viaje duró unos treinta minutos.

Llegó a su casa. En el lado izquierdo de su pecho llevaba un número, en cifras metálicas, además de su nombre y la indicación de su domicilio. Bastó que se metiera dentro del ascensor, para que una célula fotoeléctrica captara la planta en que vivía Mitchens y el aparato se puso en marcha automáticamente.

La puerta de su apartamiento se abrió cuando la célula fotoeléctrica que hacía de cerradura captó la identidad del ocupante del piso. Mitchens entró y en el acto las luces se encendieron también automáticamente.

El departamento constaba sólo de dos habitaciones: sala-comedor y cuarto de baño.

En la sala había dos sillones, una cama, una gran pantalla de televisión, una máquina dispensadora de alimentos y una emisora de órdenes escritas.

La pantalla se encendió también apenas hubo entrado Mitchens en la casa.

—Bien venido — dijo una voz suave y meliflua—. El programa que debes presenciar esta noche versará sobre la vida de las mariposas nocturnas. Habrá una sesión de educación de trabajo y diez minutos de hilaridad. Eso es todo.

Sonó una campanita. La emisora de órdenes escupió una tarjeta de color gris claro (El color del *Homo Faber).*

Mitchens leyó:

Pasado mañana, te corresponde excursión campestre. La dispensadora de alimentos te suministrará lo necesario para comer y beber al aire libre.

Cinco segundos más tarde, la tarjeta se convirtió en humo, que fue arrastrado por los renovadores de la atmósfera. Mitchens se acercó a la máquina, una célula fotoeléctrica captó su proximidad y los mecanismos interiores expulsaron al exterior un vaso de agua, un vaso de leche y dos bocadillos de carne sintética y verduras sintéticas, todo debidamente vitaminizado.

Mitchens comió con gestos mecánicos. Al terminar, vasos y bandeja se convirtieron en humo.

Luego se sentó frente al televisor.

La sesión recreativa duró dos horas. Al cabo de ese tiempo, el televisor se apagó y las luces se atenuaron.

Era hora de ir a acostarse. Mitchens se tendió en la cama y, sin pensar, porque el *Homo Faber* no pensaba, cerró los ojos.

Diez minutos más tarde, ya con las luces apagadas, dormía profundamente.

Así se había desarrollado la jornada de un *Homo Faber.*

* * *

Al día siguiente, Rickett Mitchens inició una nueva jornada.

La máquina le alimentó y el televisor anunció que no se producirían cambios en el clima. Después de desayunar, Mitchens, como cientos de millones más, se dirigió a su trabajo.

Aquel día, sin embargo, le esperaba una sorpresa. No iba a ser una jornada como las demás.

Una hora después de haber iniciado su trabajo, se encendió delante de él la pequeña pantalla de órdenes:

ACUDA AL DESPACHO NÚMERO 277, DE GERAED WEAKE, SUPERVISOR DE 3.er ORDEN.

Mitchens se puso en pie, abandonó su caseta de vigilancia y cruzó la inmensa nave de la fábrica. Subió unas escaleras y se detuvo ante una

puerta encristalada, en la que había un rótulo:

USE SUS SISTEMAS AUDITIVO Y DE FONACIÓN
PARA COMUNICARSE.
ENTRE DIRECTAMENTE.

Mitchens entró. Había un hombre sentado tras una mesa, sobre la que se divisaban una docena de pequeñas pantallas de vigilancia.

—Soy Rickett Mitchens, Supervisor de 10° Orden — anunció.

—Pase, Mitchens — indicó Wrake.

El *Homo Faber* dio dos pasos y se detuvo ante la mesa.

—Siéntese.

Mitchens obedeció. Wrake tenía en las manos una tarjeta.

—Éste es su informe sobre los tres tornillos defectuosos elaborados ayer por su máquina — dijo.

—Sí, señor.

—Es un informe muy ponderado, justo y conciso. Demuestra en usted dotes de observación y perspicacia, Mitchens.

—Gracias, señor.

—Merece ascender. Le propondré para examen ante la Junta de Superintendentes de Primer Orden. Se le comunicará el resultado del examen. Si, como espero, es favorable, se le ascenderá a Intendente de Cuarto Orden.

—Gracias, señor.

—Tiene usted ante sí una magnífica carrera, Mitchens. Con el tiempo, incluso podría llegar a formar parte de la Junta de Superintendentes Superiores y, quién sabe si podría llegar a Director. Entonces, muchas de sus decisiones serían tomadas personalmente y no con ayuda de máquinas.

—Comprendo, señor.

—Siga así, Mitchens. Insisto, le auguro un brillante porvenir. Durante su sueño de esta noche, se le han hecho unos «tests» de inteligencia que han dado unos resultados óptimos. En diez años, podría escalar los más altos puestos.

—Gracias por sus elogios, señor.

—Eso es todo, Mitchens. Vuelva a su puesto.

—Sí, señor.

El *Homo Faber* no sintió la menor emoción por cuanto acababa de oír. ¿Por qué iba a emocionarse si no sentía la necesidad de pensar?

Otros pensaban por él.

CAPÍTULO II

La dispensadora de alimentos expulsó una caja con asas, dentro de la cual había un botellón térmico con leche y otro con agua, y un par de bocadillos de pescado y ensalada de algas.

En la superficie de la caja se leía:

LUGAR DE LA JIRA CAMPESTRE:
PARQUE NÚMERO 97.
HORA DE CONSUMICIÓN
DE LOS ALIMENTOS:
13,30.

NOTA: *Si 60 minutos después los alimentos no han sido consumidos, se autodestruirán, como sucederá igualmente con el envoltorio. Tenga bien presente esta recomendación.*

El parque número 97 era una vasta extensión de hierba, con unos cuatrocientos árboles y treinta o cuarenta surtidores. El rumor de las fuentes y el susurro de las hojas, al ser movidas por los árboles, era el único sonido que se escuchaba.

Había varios millares de personas paseando silenciosamente por el parque o tendidas sobre la hierba, con actitudes indolentes. Nadie hablaba, nadie se relacionaba con el vecino.

Eran ejemplares de *Homo Faber,* disfrutando de un recreo programado. En el parque contemplaban el cielo, los árboles y la hierba, y se oxigenaban los pulmones y la piel tomaba contacto con el aire libre. ¿Para qué necesitaban más?

De pronto, Mitchens tropezó con alguien.

Era una mujer. Joven, muy esbelta, de cortos cabellos rubios y ojos claros.

Ella se disculpó:

—Perdone.

Mitchens se sobresaltó.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho que perdone. Lo siento, no fue mi intención molestarle.

Mitchens estaba ahombradísimo.

Una mujer le hablaba, le miraba, le sonreía.

Estaba haciendo algo contrario a las normas. Mitchens no tenía noticia de que le hubiera sucedido una cosa parecida en muchísimos años.

—Yo...

—¿Qué le sucede? — preguntó ella—. ¿Se siente conturbado?

—Extrañado. No es corriente que dos humanos hablen, si no es en circunstancias extraordinarias.

Miró a la chica. Según su placa, se llamaba Loira Quérolan. Debía de tener unos veintitrés años.

—Bueno, al parque se viene a recrearse, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Teme alguna sanción?

—No lo sé. ¿Castigan al que habla con otra persona?

—¿Usted piensa? — preguntó Loira

Mitchens respingó.

—¿Para qué? No es necesario — contestó.

—¿Qué siente usted al verme?

—Pues... Lo lamento, no entiendo el sentido de su pregunta.

—Soy mujer, joven y no mal parecida. Usted es hombre y de excelente apostura. ¿No siente nada hacia mí?

—No, en absoluto. Veo en usted a un ser del sexo opuesto, pero nada más.

Loira suspiró.

—Así pasa hoy con todos — dijo.

—¿Cómo?

—No me haga caso — replicó la muchacha sonriendo—. Pero ¿me permite una pregunta?

—Hágala.

—Mire a su alrededor. Esto es un parque. ¿Dónde están los niños?

Mitchens se asombró de aquellas palabras.

—Tienen sus parques propios — contestó.

—Porque, inmediatamente después de su nacimiento, les son arrebatados a sus madres e internados en establecimientos especiales, donde son alimentados, cuidados e instruidos según las normas, ¿no es eso?

—Siempre ha sido así — manifestó Mitchens.

—Hubo un tiempo en que había niños en los parques. Los parques, entonces, eran lugares agradables, donde se oían risas y gritos infantiles. Hoy, esto parece un almacén de seres mecánicos con figura humana.

Mitchens se sentía pasmado.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas? — preguntó.

Loira sonrió.

—Quizá se lo diga algún día, cuando se decida a pensar — contestó.

Y dando media vuelta, se alejó, con paso ágil y gracioso al mismo tiempo.

Una campana resonó suavemente por todos los rincones del parque. Mitchens se acordó de la caja que tenía en la mano.

Era la hora de almorzar.

* * *

Mitchens era ya Intendente de 4º Orden.

Ahora no estaba en una caseta, sino en un despecho y controlaba y supervisaba toda una nave de la fábrica donde se hacían tornillos.

El trabajo era algo más entretenido, pero también monótono. La principal ventaja estribaba en que el Homo Faber empezaba a pensar.

Sobre todo, después de su jornada de trabajo.

Entonces pensaba en Loira Quérolan y en las cosas que le había dicho ella durante su conversación en el parque.

Una muchacha audaz, se decía. ¿Cómo osaba quebrantar las reglas, sin temor al castigo?

Era curioso. ¿Por qué le había preguntado Loira lo que sentía hacia ella?

Por más que lo pensaba, no lograba dar con la solución. Sí, Loira era mía muchacha atractiva, muy hermosa, si se quería, pero nada más. Un ser humano como otros, a fin de cuentas.

Sin saber por qué, sentía deseos de hablar con ella nuevamente.

Una semana después, le correspondió otra vez el turno de la jira campestre. Loira estaba allí.

Mitchens la miró. Ella le devolvió la mirada junto con una sonrisa. Se acercó a ella.

—Hola — saludó tímidamente.

—Celebro verle, Rickett —dijo Loira.

—Yo también, Loira.

—Le han ascendido — observó ella, al ver los nuevos distintivos en su traje.

—Sí. Me han considerado capacitado.

—Le felicito. Si sigue así, llegará a escalar altos puestos.

— Yo no lo he pedido, Loira. Ella dejó de sonreír.

—Nadie pide nada. Todo lo dan hecho, Rickett.

—Y... ¿no es bueno?

Loira hizo un gesto negativo.

—Usted no entiende — dijo.

—¿Cómo?

—Es demasiado pronto todavía. Algún día lo sabrá.

—¿Por qué no me lo explica ahora? — rogó Mitchens.

—No está preparado aún. Lo siento, Rickett. Loira hizo ademán de marcharse, pero él la detuvo con un gesto.

—¿Quiere algo? — preguntó la muchacha.

—Sí. ¿Volveremos a vernos?

—Eso espero. ¿La próxima jira?

—Sí, Loira.

—De acuerdo. Adiós, Rickett.

—Hasta la vista, Loira.

* * *

Cuando oyó aquel sonido, Mitchens creyó que soñaba.

Llamaban a la puerta. Que él recordase, era algo que no le había sucedido jamás.

Nadie entraba en el apartamiento de un vecino. Cada habitante del edificio tenía sus necesidades absolutamente resueltas.

Si alguien se ponía enfermo de pronto, le bastaba apretar un botón para que acudiese un equipo médico en pocos minutos. Por tanto, no era necesario pedir ayuda a los vecinos.

En ese caso, ¿quién llamaba?

Mitchens se puso en pie y abrió. Un hombre, extrañamente vestido de negro, con unos raros emblemas en el pecho, apareció ante sus ojos.

—Usted es Rickett Mitchens — dijo el hombre de negro.

—Sí, señor.

—Voy a entrar —- anunció el visitante.

Mitchens se echó a un lado y cerró la puerta.

—Soy Bik Dumfry, capitán de Policía — se presentó el recién llegado.

—Ah— dijo Mitchens.

—Usted es ahora Intendente de 4º Orden.

—Sí, señor.

—Los informes que se tienen sobre usted son altamente positivos. No eche a perder su porvenir.

—No entiendo — contestó Mitchens.

—Ha hablado con una persona durante sus dos últimas sesiones de recreo campestre. ¿No sabe que eso está prohibido por las normas?

—Bueno, no creí que tuviera importancia...

—La tiene — cortó Dumfry secamente—. No vuelva a hacerlo.

—Sí, señor.

—Eso es todo. Mitchens, no arruine su carrera.

—Lo tendré en cuenta.

Dumfry se marchó, dejando una estela de amenaza flotando en el ambiente.

¿Tan grave pecado era hablar con una persona durante los momentos de recreo campestre?

Mitchens seguía siendo un *Homo Faber*. Lo malo era que siempre lo había sido, pero jamás lo había sabido.

* * *

Pero un oscuro y remotísimo sentimiento de rebeldía le incitó a desobedecer la prohibición:

—¿Por qué no quieren que hable con otras personas, Loira? — preguntó en la siguiente sesión de recreo en el parque.

Y ella contestó:

—Lo que no quieren es que hable conmigo.

—¿Tiene usted algo malo? — se asombró él.

—Soy mujer, Rickett.

—Sí, ya lo veo. Pero no pasa nada porque sea mujer, Loira.

Ella sonrió.

—¿Qué siente usted cuando me ve? — preguntó una vez más.

—Nada, en absoluto — respondió él.

—¿Lo ve? Debería sentirse atraído hacia mí, pero no sucede nada de eso, ¿verdad?

—Bueno, la atracción que yo siento es...

—No es la que un hombre debe sentir hacia una mujer. ¿Qué diría usted si ahora le propusieran que se casara conmigo?

—Nada, no sentiría el menor deseo de ese matrimonio, ni tampoco con ninguna otra mujer.

—Lo cual significa que en usted está muerto el sentimiento de atracción física.

Mitchens parpadeó.

—Creo que voy comprendiendo lo que dice, Loira Pero hay hombres que se unen con mujeres y tienen hijos. ¿Cómo vencen ellos esa falta de atracción?

Loira señaló la caja con el almuerzo que llevaba él en la mano.

—Eso — contestó.

—¿Qué? — respingó Mitchens.

—La comida, Rickett.

—No entiendo...

—Está drogada. Todos los alimentos contienen, además de las dosis vitamínicas adecuadas, una dosis de droga inhibidora del deseo sexual. Hablando claro, «acorchan» al hombre y le evitan tentaciones.

—Me siento abrumado — confesó él—. Jamás se me habría ocurrido una cosa semejante...

—¿Te han enseñado a pensar siquiera? — Loira le tuteó de repente—. Nada de eso; desde que naciste, tus necesidades más mínimas han sido cubiertas en todos les sentidos; te han educado como ellos han querido, te han hecho pensar lo que a ellos les convenía que pensaras, hacen que

trabajes en lo que ellos creen que les beneficia y, en suma, te han convertido en un *Homo Faber*. Por último, cuando necesiten que produzcas uno o más *Homo Faber,* según las necesidades de las fábricas, te ordenarán casarte, pero no con quien tú quieras, sino con quien ellos decidan. Mitchens estaba atónito.

—¿Ellos? — repitió—. ¿Quiénes son, Loira?

—Los autores del *Homo Faber,* Rickett.

CAPÍTULO III

Trabajo, comida, descanso, ejercicio... No pensar, no pensar, no pensar...

Homo Faber, Homo Faber, Homo Faber...

¿Qué era un *Homo Faber?*

Había que pensar para saberlo.

Él no podía pensar. No necesitaba pensar. Sólo se necesitaba que trabajase.

Sólo se necesitaba que cumpliese con su papel de abeja humana. Trabajar y a la celda. De la celda al trabajo. Comida y recreo, porque el *Homo Faber* precisaba de ambas cosas, pero nada más.

Era una abeja humana, un *Homo Faber.*

Ahora necesitarían de su trabajo. Un día necesitarían de su descendencia. Después...

—¿Te has preguntado alguna vez lo que viene después, Rickett?

Loira le hablaba en la siguiente sesión de recreo campestre.

—¿Después? — repitió él.

—Sí, al final del curso de tu existencia humana, de tu vida de *Homo Faber.*

—Todavía no sé qué es *Homo Faber* — se quejó él.

—Contéstame a la primera pregunta. ¿Qué viene después?

—No lo sé, no lo he pensado nunca, Loira.

—No ves niños en el parque. Los están educando aparte, los elaboran para que hagan lo que ellos quieran; los convierten en perfectos ejemplares de *Homo Faber.* Pero el *Homo Faber* no es inmortal.

—Morimos — dijo Mitchens.

—Sí, pero cuando ellos quieren también.

Mitchens se sobresaltó.

—¿Nos dan muerte?

—¿Cuántos ancianos ves a tu alrededor?

Él paseó la vista por el parque. Se veían personas jóvenes, bien parecidas, algunas de cierta edad, pero ni un solo anciano.

—Ninguno — contestó.

—No hay ancianos. Cuando el *Homo Faber* alcanza determinada edad, se considera que se ha extraído de él todo su provecho. Entonces se le destruye.

—Lo matan.

—Sí.

—¿Cómo?

—Fuego.
—¿Fuego?
—Sí. Calor. Temperaturas extremas. Gases incandescentes que reciben el nombre de llamas. Ahí se acaba la vida del *Homo Faber,* Rickett.

* * *

Los dedos de Loira palparon los músculos del brazo de Mitchens.
— Estás muy débil, Rickett — dijo.
—Hago ejercicio a diario. Me alimento bien. Mis procesos digestivos son normales.
—En tu celda tienes dos sillones. Prueba a levantar uno.
Mitchens probó. Le resultó imposible.
—Pesaba demasiado — dijo, a la siguiente entrevista.
—Te ejercitan los músculos de las piernas. Al correr sobre la cinta, ejercitas también los músculos pectorales, pero no lo de los brazos, o muy poco. Necesitas hacer ejercicio completo.
—¿Cómo, Loira?
Ella se lo dijo.
—Pero tengo que atender al programa de televisión — objetó Mitchens —. Si hago gimnasia, no podré mirar a la pantalla.
—¿Es obligatorio, Rickett?
—Así me lo enseñaron desde pequeño...
Loira sonrió.
—¿Quién te vigila cuando estás en tu casa?
—Nadie, en efecto, pero...
Mitchens se acordó de repente de la única visita que había recibido en toda su vida.
—Aquí sí nos vigilan — declaró.
Loira frunció el ceño.
—¿Quién? — preguntó.
—El capitán Dumfry.
—¡Ese venenoso esbirro! —calificó Loira, con gran sorpresa de Mitchens.
—¿Lo conoces?
—Por desgracia. Pero no te preocupes. Puede que aquí nos vigile; en casa, no lo hará. Haz los ejercicios que te he indicado. Ven a verme la semana próxima, Rickett.
—Sí, Loira.

* * *

Informe n.° 886.523/A-VII.

Altamente reservado.

Sólo para personas con categoría de Director.

Firmante del informe:

Capitán Bik Dumfry, número E/50-III-L.

Persona objeto del informe:

Rickett Mitchens, número R-10-H.F. 475/B-IX.

Domicilio: Avenida 619, 25.442, 36ª planta, vivienda 87.

Profesión: Intendente de 4º Orden. Lugar de empleo: Fábrica número 75.093.

Resumen del informe:

R.M. ha conversado en sucesivas sesiones de recreo campestre con la persona llamada Loira Quérolan, número C-5 H. F. 299-T-II.

Loira Quérolan es sospechosa de pertenecer al «Grupo Pensante», más conocido por «Psicorrebeldes».

Se presume que L. Q. trata de atraer a R.M. a sus fiaes.

Se solicitan instrucciones y, en su caso, orden de acción contra ambos.

* * *

Respuesta al Informe n° 886.523/A-TVII.

Altamente reservada.

Para el capitán Dumfry.

Continúe la vigilancia sobre R. M. y L. Q. Informe periódica y detalladamente.

Firmado:

Jan Pwiw, Director 1º Orden.

* * *

—Tus músculos mejoran, Rickett.

—Sí, ya puedo levantar un sillón sin gran esfuerzo.

Loira sonrió.

—No sólo necesitas ejercitar tus músculos, sino también tu mente.

—¿Cómo? ¿De qué manera, Loira?

Ella miró a su alrededor.

—El próximo día lo sabrás — contestó—. Quiero que continúes

haciendo ejercicios físicos. Luego empezaremos a educar tu mente.

—Has dicho empezaremos.

—Sí. No estoy sola, Rickett. ¿Has oído hablar alguna vez del «Grupo Pensante».

—No. ¿Qué es eso?

—Hay quien nos llama «Psicorrebeldes». El calificativo no es del todo desacertado.

—Pero yo no entiendo...

En algún lugar, muy lejos del parque número 97, alguien leyó un informe del capitán Dumfry.

Los dedos del Director de Primer Orden, Jan Pwiw, tabalearon nerviosamente sobre la mesa.

—No será posible luchar contra los «Psicorrebeldes», porque ellos emplean para el combate lo mejor del hombre: la mente — dijo como si hablara con alguien.

Luego, Pwiw se concentró en profundos pensamientos.

Era una civilización inhumana. Se consideraba a las personas sólo como parte integrante, viviente, por supuesto, de una gigantesca maquinaria.

Pero algunos se resistían a formar parte de la maquinaria.

—Es corno una infección. Si no se ataja pronto, se extiende a todo el organismo. Hay que atajar la infección antes de que sea demasiado tarde... o todo el sistema se desintegrará.

Y el *Homo Faber* volverla a ser de nuevo el *Homo Sapiens.*

Mitchens acudió puntualmente al parque cuando la máquina le asignó una nueva sesión de recreo.

Loira le dijo:

—Sígueme discretamente, Rickett.

El joven obedeció. Ella caminó con indolencia a través del parque, hasta llegar casi a uno de sus bordes.

Allí había un árbol gigantesco, de vasta copa y tronco de un grosor superior a los dos metros.

—Da la vuelta al árbol diez segundos después de que yo lo haya hecho — indicó Loira-

La joven desapareció de los ojos de Mitchens. Él esperó el plazo señalado y luego dio la vuelta al árbol.

Entonces, lleno de asombro, vio que Loira se hallaba en el interior del tronco, sonriéndole.

—Ven, Rickett.

Mitchens se situó junto a la muchacha. El tronco del árbol recobró en el acto su aspecto normal y la oscuridad envolvió a la pareja.

Casi en el mismo instante, Mitchens notó que el suelo en que se

apoyaban sus pies se hundía en las profundidades.

Momentos después, Bik Dumfry, convertido en un anónimo paseante, llegaba junto al árbol.

Se apoyó en el tronco. La pareja, calculaba, debía de hallarse al otro lado, oculta por el árbol.

Pero no hablaban. Dumfry tenía que haber escuchado su diálogo. ¿Por qué callaban?

Al cabo de unos minutos, se decidió a investigar. Simuló reanudar su paseo y rodeó el árbol.

Su sorpresa fue enorme al comprobar que Loira y Mitchens habían desaparecido.

* * *

El movimiento de descenso se detuvo. Todavía estaban en la oscuridad.

—Aguarda un momento — pidió Loira.

Segundos más tarde, Mitchens vio brillar una luz extraña.

—Una antorcha — explicó ella sonriendo.

—Jamás había visto nada igual — confesó Mitchens.

—Todavía tienes que ver muchas más cosas, que te parecerán maravillosas. Ven, Rickett.

Echaron a andar. Mitchens observó que se hallaban en un túnel de regulares dimensiones, dividido en tres secciones, la central más hundida que las laterales. El túnel tenía forma semicilíndrica.

Los hierbajos crecían por todas partes. Olía extrañamente, a atmósfera poco renovada. Mitchens tuvo que hacer grandes esfuerzos para disociar aquel olor de su atención.

En el suelo de la sección central se divisaban unas líneas metálicas, oxidadas. Loira explicó:

—Siglos antes, esto servía para mover un ferrocarril subterráneo en el que viajaban los seres humanos. Ahora, este medio de transporte ha desaparecido por completo.

—¿Ferrocarril? ¿Qué era, Loira?

—Ten paciencia y lo sabrás, como sabrás muchas otras cosas, repito — contestó la muchacha.

Al cabo de un cuarto de hora, llegaron a un sector del subterráneo brillantemente iluminado. Mitchens apreció que el lugar estaba bastante cuidado.

El suelo se veía limpio. Había una especie de caseta, hecha de vidrios. Dentro de la caseta se veían algunas mesas y sillas.

Allí estaban dos hombres, que acogieron a la pareja con muestras de afecto.

—Éste es Rickett Mitchens — presentó Loira—. Creo que será un buen

elemento para nuestro grupo.

—Nosotros también lo creemos así — opinó uno de los individuos—. Soy Brit Deuquin — dio su nombre.

—Matías Laiz — dijo el otro, a la vez que estrechaba la mano del recién llegado.

Mitchens se estremeció al notar el contacto de la mano de Laiz. Era la primera vez que hacía algo semejante.

Sin embargo, hizo un esfuerzo y consiguió dominarse.

—¿Para qué me habéis traído aquí? — preguntó.

—Siéntate y lo sabrás — indicó Loira.

Mitchens obedeció. Laiz le dio un vaso, en el que había dos dedos de líquido.

—Bebe — pidió—. No temas, no es dañino.

Mitchens se llevó el vaso a los labios. A los pocos momentos, notó un vago aturdimiento, pero, al mismo tiempo, sintió una extraña claridad en su mente.

—Relájate — dijo Loira. Su voz parecía llegar desde enorme distancia —. Relaja el cuerpo y mira.

Delante de Mitchens se iluminó una pantalla.

CAPÍTULO IV

—Todavía me siento aturdido — dijo él, dos horas más tarde, ya al aire libre —. He aprendido una cantidad de cosas que desconocía por completo...

—Porque ellos te las ocultaron deliberadamente, como las ocultan a todo el mundo. No les interesa el *Homo Sapiens;* sólo quieren que exista el *Homo Faber.*

—Sí, voy comprendiendo. Loira, ¿qué contenía aquella droga que me proporcionó tanta clarividencia? ¿No se dice así?

—Sí, es la palabra exacta, pero, en el fondo, la droga tenía como objeto aumentar la capacidad de percepción de tu cerebro. Todas las imágenes que has visto en la pantalla han sido proyectadas a una velocidad enorme, a fin de conseguir que vieras y aprendieras más cosas en el menor tiempo posible. Para un aprendizaje normal, proyectadas las imágenes a velocidad corriente, habrías necesitado, al menos, una sesión de cuarenta y ocho horas, sin interrupción alguna.

—Estoy asombrado. ¿Cómo habéis conseguido...?

—Algún día conocerás la verdad por completo, Rickett — contestó Loira—. Ahora debemos separarnos. La sesión de campo está a punto de terminarse.

Dumfry no estaba menos pasmado que Mitchens, pero en otro sentido.

La pareja había desaparecido por completo durante más de dos horas. Por más que los había buscado, no había conseguido encontrarlos.

Se sabía que los «Psicorrebeldes» tenían escondites secretos. ¿Dónde estaba el ene habían utilizado Loira y Mitchens?

Y, sobre todo, ¿para qué lo habían utilizado?

* * *

Extracto de un informe del capitán Dumfry:

> *En la última sesión de recreo campestre, en el parque número 97, Loira Quérolan y Rickett Mitchens desaparecieron misteriosamente durante más de dos horas. La desaparición se produjo en el sector N. E. de dicho parque. No hay señales de escondites secretos en aquel lugar; no hay matorrales o arbustos que impidan ver a una pareja desde las proximidades.*
>
> *Se ignoran los motivos de la desaparición, aunque se sospecha*

estén relacionados con las actividades del «Grupo Pensante».

Se solicitan nuevas instrucciones al respecto.

* * *

Extracto de la respuesta del Director Pwiw:

> *Investíguese en el Archivo de Planos. El parque número 97 está construido sobre lo que en tiempos fueron subterráneos dedicados al transporte de las personas humanas.*
>
> *Instálese en la vivienda de Mitchens una cámara registradora automática.*

* * *

Hacía días que Mitchens se sentía inquieto, nervioso, desasosegado.

Más de una noche había tenido que levantarse para darse una ducha de agua fría. Al mirarse un día en el espejo del baño, se vio con profundas ojeras.

¿Aquellos extraños insomnios eran producidos por las revelaciones que le había hecho Loira y sus amigos?

Pronto lo sabría. Al día siguiente, deberían reunirse de nuevo en el parque.

Terminada la jornada de trabajo, regresó a su casa. La emisora de mensajes personales llamó su atención apenas hubo cruzado el umbral.

Mitchens se acercó a la máquina y extrajo una tarjeta. Invadido por la curiosidad, leyó:

Mandato de Unión Matrimonial
con
Avia Kustan, número D-200/VII-773-A-5.
Deberá ponerse en contacto inmediatamente con la persona citada,
cuyo domicilio es:
Avda. 30, 9.674, 129.ª planta,
vivienda 4.ª

Nota: *Esta entrevista es de mutuo preconocimiento y establecimiento de relaciones afectivas antes de procederse a. la efectiva unión matrimonial.*

* * *

Avia Kustan era una hermosa joven de pelo negro y silueta opulenta. Tenía los ojos negros y la mirada triste.

—Usted es Rickett Mitchens — dijo, apenas abrió la puerta.

—Sí, Avia.

—Entre, por favor.

Mitchens cruzó el umbral.

—Siéntese — indicó Avia.

—Gracias. Ha recibido el mensaje, supongo.

—En efecto.

Avia se sentó frente a él, con las manos sobre el regazo.

—Nos han elegido para unirnos — dijo él, tras un ligero carraspeo.

—Sí. ¿Lo quiere usted, Rickett?

—Es la norma, Avia. Ahora hemos de conocernos un poco. Luego nos llegará la orden de...

—¡Por favor! — dijo ella con voz crispada.

—Lo siento, no quise molestarla. ¿Está disgustada?

—¿Puedo sentirme alegre, cuando me ordenan darme a un hombre a quien, cualidades personales aparte, no conozco y es absolutamente extraño para mí?

—Sí, comprendo. A mí también me pasa lo mismo, Avia. Es usted muy hermosa, pero...

—No soy la mujer que usted eligiría para esposa, ¿verdad?

—En otras circunstancias y disponiendo de verdadera libertad de elección, tal vez. A usted, sin duda, le pasa lo mismo.

—Es cierto, Rickett.

—Pero es preciso obedecer. Lo que ignoro es cómo podremos cumplir esa orden cuando...—Mitchens carraspeó—. Avia, en los alimentos que nos proporcionan hay drogas inhibidoras del deseo. Eso le explicará la indiferencia de los hombres hacia las mujeres y viceversa.

—Entonces, ¿cómo se casan? — exclamó ella, asombrada.

—Lo ignoro, pero es así y nadie desobedece el mandato de unión matrimonial.

—Se equivoca, Rickett.

Mitchens arqueó las cejas.

—¿Conoce usted a alguien que lo haya desobedecido?

—Si.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Trabajábamos juntas. Un día, la mensajera le entregó ese funesto mandato. Yo le oí murmurar que no lo obedecería a ningún precio. A los pocos días dejó de acudir a su puesto en la fábrica.

—¿Y no la ha visto más?

—No.

Mitchens reflexionó unos momentos.

—Avia — dijo al cabo —. ¿sabe usted cuánto se tarda entre la recepción del primer mensaje y la unión de la pareja?

—Poco, tres, cuatro días todo lo más, Rickett.

—Muy bien. Avia, quiero que tenga confianza en mí. Trataré de resolver su problema, que es también el mío.

Una ligera sonrisa dulcificó el rostro de la joven.

—Gracias, Rickett — contestó.

Mitchens se puso en pie.

—Para primera entrevista de preconocimiento y establecimiento de relaciones afectivas, no ha estado mal del todo. Hemos aprendido a conocernos un poco.

—Sí, Rickett. Ha sido un verdadero placer poder conversar con otra persona — admitió ella.

—Volveré mañana, Avia. Traeré noticias, espero.

—Gracias, Rickett. Hasta macana

* * *

Extracto de un informe secreto del capitán Dumfry:

> *La cámara automática registradora, instalada en la vivienda de R. M., muestra que realiza a diario continuos ejercicios gimnásticos, según una tabla establecida de antemano. Parece que ha desarrollado su fuerza física considerable mente, a juzgar por las imágenes obtenidas, de las que se acompaña una copia.*
>
> *Se han examinado los planos del subterráneo situado bajo el sector N. E. del parque número 97. En aquel punto, está el cruce con el acueducto subterráneo F-81.*

* * *

Extracto de la respuesta del Director Pwiw:

Junto con la presente, se acompañan instrucciones para proceder contra esa sección del «Grupo Pensante».

* * *

La pantalla mostraba a una mujer joven y agraciada, jugando sobre la hierba ele un prado, con un niño de poco más de un año, que apenas si podía sostenerse sobre sus piernecitas. Un hombre, también joven, contemplaba sonriendo la escena.

—¿Per qué me muestras eso? — preguntó Mitchens.

—Así solían hacer en tiempos pasados la mayoría de los matrimonios — contestó Loira—. Entonces, él y ella se elegían mutuamente y se unían en completa libertad, generalmente observando ritos religiosos, pero sin intervención de máquinas que seleccionen, como ahora, la pareja correspondiente cada cual. Ése era el resultado, Rickett.

—Y ahora, apenas nace el niño, le es arrebatado a la madre y enviado a lugares donde se le educa e instruye para ser un perfecto *Homo Faber*.

—Así es — confirmó Loira—. Las necesidades de *Homo Faber* no se agotan jamás.

—Loira, ¿qué sucede con los que no aceptan la decisión establecida por las computadoras acerca de su unión matrimonial?

—Hacen compañía a los viejos en el proceso de eliminación.

—Los matan.

—Sí.

—¿Sabes cómo?

—No lo sé; todavía no hemos conseguido averiguarlo.

—Hay dos cosas que me preocupan, Loira.

—Dime, Rickett; tal vez yo pueda aclarar tus dudas.

—Una de ellas es: ¿por qué, pudiendo hacerlo, no obtienen niños en el laboratorio?

Loira movió la cabeza.

—Se ensayó y, a decir verdad, el resultado fue satisfactorio — contestó —. Pero... — sonrió —, el viejo método sigue siendo aún el mejor y, sobre todo, más barato y menos complicado. Por eso se desechó el laboratorio como procedimiento para la obtención de nuevos *Homo Faber*.

—Comprendo. Ahora bien, a mí se me ha designado una mujer para esposa. ¿Cómo puedo unirme a ella, si estoy atiborrado de drogas inhibitorias que...?

—Rickett, en el momento en que se acordó que debías unirte a Avia Kastan se te suprimió la dosis de droga inhibidora — declaró ella.

—¡Ahora lo comprendo!—exclamó Mitchens—. Ahora sé por qué sufro tantos insomnios durante la noche, por qué duermo tan mal y tan nervioso y por qué, a veces, tengo que echar a correr a la ducha.

—La supresión de la droga inhibidora te ha producido esos efectos. A Avia también se la habrán suprimido, calculo.

Mitchens hizo un gesto de asentimiento.

—No dejan nada al azar — murmuró—. Loira, ¿podré traer a Avia con nosotros?

—Sí,~ desde luego.

—¿Se sabe cuánto tardan en llevárselo a uno, si desobedece el mandato de unión matrimonial?

—Pocos días, una semana o menos. Si la mujer no acude al

reconocimiento médico obligatorio post- unión, la policía va a buscarla y averiguan si se efectuó o no el matrimonio. En ese caso, se la llevan y también a su esposo.

—Y no se les ve más.

—No, Rickett.

En aquel momento se oyeron pasos en el subterráneo.

—Son Laiz y Deuquin — anunció la joven.

CAPÍTULO V

—¿Estás decidido a unirte a nosotros definitivamente?— preguntó Laiz.

—Sí — contestó Mitchens con acento resuelto.

—Incluso ha reclutado un nuevo elemento más para el «Grupo Pensante» — dijo Loira.

—Eso es interesante. ¿Quién es? — preguntó Deuquin.

—La chica que le ha sido asignada para esposa. Se llama Avia Kastan. Ella no quiere casarse con Rickett — declaró Loira.

—¿Has hablado con ella? — preguntó Laiz.

—Sí, anoche. Desde el primer momento me dijo que no estaba dispuesta a acatar ese funesto mandato — respondió Mitchens.

—Lo cual demuestra que tiene dos dedos de frente, como se decía antaño de toda persona que usaba el cerebro — sonrió Laiz—. Bien, Rickett, puesto que estás decidido a unirte a nosotros, quiero que hagas una cosa.

—Sí, Matías.

Laiz le entregó un objeto de forma semicilíndrica, de unos dos centímetros de anchura por siete u ocho de longitud.

—Mañana, cuando entres en tu turno de trabajo, a la vez que te dejas llevar por la cinta transportadora hasta tu puesto, coloca este aparato adherido por la parte plana a la primera máquina que tengas a mano. La cinta pasa rozando su base. No tendrás que hacer otra cosa que mover un poco el brazo y el objeto se quedará adherido por sí en el acto. ¿Has entendido?

—Sí, pero... ¿qué sucederá después?

—No te preocupes. No tendrás nada que reprocharte. Ningún operario sufrirá daño alguno.

—De acuerdo.

Laiz sonrió.

—Sabemos que vas a echar un brillante porvenir por la borda — dijo—. Podrías acabar siendo Director de Primer Orden, pero... tú no conoces cien lo que es la vida de un Director de Primer Orden, ¿verdad?

—No tengo la menor idea. Sólo sé que residen en un lugar al que se le llama La Fortaleza, aunque no he estado allí nunca.

—Pero alguna vez lo has visto de lejos.

—Sí, es cierto.

—Me gustaría poder mostrarte cómo es La Fortaleza por dentro, pero no puedo. Hay algo que allí está rigurosísimamente prohibido y son las cámaras fotográficas y cinematográficas.

—Si se consiguiese entrar un aparato de ésos en La Fortaleza, alcanzaríamos la victoria en pocos días — dijo Loira.

Mitchens se sentía desconcertado.

—Yo no entiendo...

Deuquin le puso una mano sobre el hombro.

—Algún día lo entenderás — dijo. Y añadió —: Algún día comprenderás- el porqué de nuestra actual civilización, una civilización fría, mecánica, deshumanizada, donde todo está previsto y nada queda al azar, dispuesto, decretado y regulado por los Directores de Primer Orden. Pero, mientras tanto...

De repente se oyó un sordo trueno a lo lejos, interrumpiendo en el acto las palabras de Deuquin. Alarmados, miraron hacia el lugar de donde procedía el sonido.

Las ondas sonoras se propagaron repetidas veces bajo el subterráneo.

—Parece una explosión — dijo Laiz en tono de preocupación.

Otro ruido se dejó oír casi en el acto. Loira se puso pálida.

—Ha reventado la pared del acueducto subterráneo — exclamó —. Los túneles se inundarán y pereceremos ahogados.

* * *

El ruido de la irrupción de agua era fácilmente perceptible. Laiz dijo:

—La sección transversal de ese acueducto sobrepasa los cuatro metros. No comprendo cómo...

—Sabiendo que Dumfry anda detrás de nosotros, todo tiene más fácil explicación — manifestó Deuquin —. Pero no perdamos tiempo; tenemos que escapar de aquí cuanto antes.

Ya se formaban en el suelo del túnel los primeros charcos de agua. Laiz tomó una linterna eléctrica y echó a correr:

—¡Síganme! — ordenó.

Mitchens agarró la mano de Loira y los dos se lanzaron inmediatamente detrás de Laiz. De vez en cuando, volvían la cabeza.

El agua les llegó pronto a los tobillos.

—Si no encontramos en seguida por donde escapar...

Laiz empezó a subir los peldaños de una escalera, apenas visibles a causa de los hierbajos que los cubrían. Los otros tres le siguieron inmediatamente.

La linterna iluminó un círculo de metal oxidado. Laiz apoyó los hombros y empujó con fuerza. Mitchens y Deuquin le ayudaron con las manos.

La placa cedió y la luz del atardecer penetró inmediatamente por el hueco. El ruido del agua, cuyo nivel ascendía con gran rapidez, era ensordecedor.

Laiz soltó una risita.

—Estoy seguro de que Dumfry consultó los planos del antiguo ferrocarril subterráneo — dijo—. Debió ser una consulta poco detallada.

Se izó a pulso y salió al exterior. Mitchens agarró a la muchacha por la cintura y la levantó hacia arriba.

—¡Oye, qué fuerza tienes! — exclamó Loira, sinceramente admirada.

—Bueno, me parece que tú eres la responsable — rió él.

—Y ahora complacida beneficiaría — dijo Loira, también riendo.

Salieron al exterior. Las aguas, tras amenazar desbordarse por el agujero, descendieron ligeramente, quedando estabilizado su nivel a pocos centímetros del techo.

Una vez fuera, colocaron de nuevo la placa en su lugar.

—En tiempos, fue una entrada de acceso para los servicios — explicó Laiz—. Siempre la tuve en cuenta, previendo la eventualidad de una retirada precipitada.

Mitchens paseó la vista a su alrededor.

—Estamos en el parque — dijo.

—Sí, pero en el número noventa y dos — puntualizó Deuquin. De pronto se echó a reír —. Dumfry estará esperando en el noventa y siete para recoger nuestros cadáveres, una vez se solucione la avería en el acueducto.

—Matías, ¿dónde nos reunimos la próxima vez? — preguntó Loira.

—Ya se lo diré — contestó Laiz—. Usted se lo comunicará a Rickett para que continúe instruyéndose.

—De acuerdo.

Laiz estrechó la mano de Mitchens.

—No se olvide de hacer lo que le dije antes al entrar a trabajar — se despidió.

—Lo haré — prometió el joven.

Laiz y Deuquin se marcharon. Mitchens y Loira quedaron solos.

—Dumfry es un mal enemigo — dijo ella—. Ten cuidado.

—Me preocupa cómo ha conseguido averiguar que me reúno con vosotros.

—Revisa bien tu vivienda. No me extrañaría que hubiesen colocado algún artefacto para espiarte — le aconsejó Loira.

Momentos después, se separaban. Mientras regresaba a su casa, Mitchens se preguntó cómo entraría otra vez en contacto con Loira.

* * *

Avia abrió la puerta y dirigió a Mitchens una amable sonrisa.

—¿Cómo estás? — preguntó.

Mitchens se puso el índice sobre los labios. Ella lo miró extrañada.

—No hables, no digas nada — susurró el joven.

Cruzó el umbral y cerró. Acto seguido, se dirigió rectamente hacia la pantalla del televisor.

Tenía un destornillador en la mano. Situándose a la derecha de la pantalla, hurgó unos momentos y acabó por desencajar un panel cuadrado de unos cuarenta centímetros de lado.

Un hueco quedó al descubierto. Mitchens introdujo las manos y sacó un artefacto cuya vista intrigó no poco a la joven.

—Ahora ya puedes hablar, Avia—dijo él.

—¿Qué es eso, Rickett? — preguntó Avia.

—Una registradora de imagen y sonido, que transmite por radio a algún lugar todo cuanto se hace y. se dice aquí — contestó Mitchens —. Pero ya está desconectada y no podrán saber nada de lo que hagamos a partir de ahora.

—No entiendo. ¿Quién ha hecho esto, Rickett?

Mitchens lanzó un profundo suspiro.

—Un esbirro llamado Bik Dumfry — contestó—. Capitán de Policía, por más señas.

—Pero ¿por qué, Rickett?

—Sería largo de explicar, pero puede resumirse diciendo que no quieren que pienses, Avia. De ti sólo se exige una cosa: tu trabajo. A cambio de eso, te dan comida, ropa, vestido, atención médica, si enfermas y un par de horas diarias de distracción por televisión, además de la fiesta semanal y la excursión campestre.

—Sí, lo sé, Rickett.

—Ahora te piden un hijo, un futuro *Homo Faber,* al que ellos se cuidarán de educar para que, en su día, trabaje. Te indican con quién debes casarte, sin preocuparse de tus sentimientos. Tú y yo no somos más que piezas de una máquina, vivientes, por supuesto, pero piezas a fin de cuentas. Y esa máquina la controlan ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son?

—Los Directores, los Superintendentes Superiores, los Superintendentes a secas y los Intendentes, los grados superiores, en fin, de la escala de que formamos parte.

—No comprendo muy bien, Rickett — dijo Avia—, pero me parece que yo necesito ser algo más de lo que has dicho.

Mitchens sonrió.

—Acabarás comprendiéndolo por entero algún día — contestó. Hizo saltar la cámara en las manos —. Alguien se habrá llevado un chasco esta noche.

—Los directores — musitó Avia con gesto pensativo—. Deben ser unos personajes, ¿no?

—No lo creas. Son de carne y hueso, como nosotros, pero temen que pensemos. El día en que el hombre vuelva a pensar, su feroz tiranía se habrá acabado.

—¿Qué pasará entonces? Me siento aprensiva, insegura. ..

—No se puede decir qué pasará entonces, sino que vendrá la luz porque la mente humana podrá actuar de nuevo y decidir por sí misma, sin que otros decidan lo que uno ha de hacer; o, por lo menos, acordándolo previamente y no como ahora, en que no se preocupan de tu opinión. El ser humano será libre de obedecer una orden, cuando la estime justa y necesaria para el bien común.

Los ojos de Avia brillaban. Había en su cara una nueva expresión de esperanza.

Ya no era un ejemplar de *Homo Faber* que vegetaba simplemente; ahora, en su cerebro, había entrado un resplandor que anunciaba un futuro infinitamente mejor.

—Tengo que irme — anunció Mitchens a poco —; nuestra entrevista de preconocimiento y establecimiento de relaciones afectivas ha terminado ya.

—¿Volverás mañana? Quiero que me cuentes más cosas, Rickett.

—Sí, volveré.

Las calles estaban casi desiertas. Salvo los que habían salido, cumpliendo algún mandato, como Mitchens, todos los demás estaban en sus apartamientos presenciado el programa televisual recomendado para aquella noche.

En el camino, Mitchens se detuve en una esquina, saliéndose para ello de la cinta transportadora. A pocos pasos de distancia, había la tapa de un registro de alcantarillado.

La cámara filmadora fue a parar a la cloaca. Era la segunda vez que Mitchens hacía un lanzamiento de ese género.

CAPÍTULO VI

La Fortaleza se divisaba lejana en el horizonte, envuelta en la neblina matinal. Era una mole inmensa, una montaña aislada, que había sido hábilmente aprovechada, arrasando su cima y recortando sus flancos, hasta formar un cuadrado de casi tres kilómetros de lado.

La altura, desde la base, era superior a los seiscientos metros. Nadie sabía lo que había en el interior de La Fortaleza.

Salvo sus propios habitantes, por supuesto; pero éstos los Directores, no lo decían a nadie.

Desde el interior de La Fortaleza, los Directores, con la ayuda de potentes y complicadísimas calculadoras, regían los destinos de cientos de millones de personas y nadie podía oponerse a su despótica voluntad.

Mitchens terminó su aseo matinal. La visión de La Fortaleza, ahora que sabía tantas cosas, ofrecía para él un nuevo aspecto.

Durante cientos, miles de días, había visto La Fortaleza desde su ventana, sin concederle la menor importancia: un vulgar accidente orográfico, «retocado» por la mano del hombre mucho tiempo atrás. Ahora era distinto.

Porque allí residían los hombres que impedían que el *Homo Faber* pudiera pensar.

Las cintas transportadoras le llevaron a su lugar habitual de trabajo. A la entrada de la fábrica formó en la doble fila de costumbre y se dejó llevar por otra cinta.

Las máquinas trabajaban activamente, vigiladas por seres humanos con aspecto de estatuas. Cada vez que llegaba un nuevo trabajador, el saliente le cedía su puesto y se marchaba, sin cambiar una sola palabra.

Todo estaba perfectamente medido, acordado y calculado. Nadie, sin embargo, había pensado en el accidente.

Porque no podía haber accidentes en el lugar donde todo era perfecto.

Nadie vio la mano de Mitchens cuando dejó la pieza semicilíndrica adherida a la pared de una máquina inmensa. Mitchens se dejó llevar hasta el pie de la escalera que conducía a su puesto de vigilancia, en donde relevó al otro Intendente.

Se sentó tras el pupitre de control. Desde allí contemplaba una vasta nave de la fábrica, encomendada a su vigilancia.

El tiempo transcurrió lentamente. Mitchens tenía los nervios de punta. ¿Qué iba a pasar con aquel aparatito que le había entregado Laiz?

De pronto, brilló un vivo chispazo, a la vez que se escuchaba un fuerte estallido.

La máquina empezó a humear y el hombre que estaba junto a ella se apartó de un salto. Los demás miraron en aquella dirección.

Sonaron más chasquidos y se vieron más chispazos. Dentro de la máquina sonaban ruidos raros, crujidos, gañidos... Un panel de acero se desprendió, cayó al suelo y a través de la apertura empezó a caer una cascada de ruedecillas dentadas y palancas sueltas, con ruidos metálicos casi musicales.

En el tablero de control se encendió una luz roja, que centelleó vivamente. Un rótulo se encendió también: AVERIADA LA MÁQUINA NÚMERO L-30I.

Los operarios contemplaban con estupor la máquina destruida. Mitchens se puso en pie, abrió una de las ventanas de la caseta y gritó:

—¡Sigan su labor! ¡Trabajen normalmente!

Los operarios volvieron a sus puestos, salvo el que se había quedado sin nada que hacer.

—Usted, aguarde afuera, en el exterior de la fábrica—ordenó Mitchens—. Ya se le darán nuevas instrucciones.

—Sí, señor.

Los ruidos en la máquina habían cesado ya. Apenas si salían algunas leves columnitas de humo. La delgada cinta transportadora que acarreaba los tornillos fabricados, falta de material que transportar, se había parado.

* * *

Extracto de un informe de Rickett Mitchens, Intendente de 4.° Orden en la fábrica número 75.093:

A las 09,00 horas del día de hoy, la máquina número L-301 sufrió una avería que la inutilizó por completo, cesando totalmente en su producción de tornillos calibre E/30. Se solicita de la Superintendencia correspondiente el envío de un equipo de investigación y reparación.

* * *

Extracto de un informe de Adam Bourg, Intendente de 3.er Orden, en la fábrica número 75.388:

La máquina número 65 paró en su producción de piezas tipo FY-9, debido al cese de suministros de tomillos calibre E/30. Se solicita de la Superintendencia correspondiente la reanudación del suministro, en evitación de un paro demasiado prolongado.

* * *

Extracto de un informe de Juan Ornal, Intendente de 4.° Orden, en la fábrica número 6.640:

La máquina número 433 paró en su producción de piezas tipo R-6-X, debido al cese de suministro de piezas tipo FY-9. Se solicita...

* * *

En otra fábrica también se paró una máquina, porque no le llegaban piezas tipo R-6-X. Naturalmente, no pudo elaborar las piezas AA-7.

En la siguiente fábrica, como no llegaban las piezas AA-7, también se paró otra máquina.

Y en otra fábrica se paró una máquina más...

Y muchas máquinas se pararon y nadie sabía bien las causas.

Era algo que no había sucedido hacía muchísimo tiempo.

* * *

Extracto de un informe del capitán Dumfry:

> *La inundación de los subterráneos no dio resultado.*
>
> *R. M. sigue vivo. Se ignora lo que hace al llegar a su casa, puesto que no funciona la registradora automática.*
>
> *Se ignora asimismo cómo pudo evitar morir ahogado. Igualmente se desconocen las reacciones de A.K.; su registradora no funciona.*
>
> *Solicito respetuosamente nuevas instrucciones.*

* * *

Extracto de la respuesta del Director Pwiw:

Siga investigando, sin tomar decisiones, limitándose a informar únicamente.

Extracto de la orden del Director Pwiw, dirigida al Superintendente de 2." Orden Rom Tayno:

> *Se le ordena entrevistarse con el Intendente de 4° Orden, Rickett Mitchens, y estudiar, en una entrevista personal, sus posibilidades de ascenso a la Superintendencia de 5° Orden. Comunique confidencialmente el resultado de la entrevista.*

* * *

Delante de Mitchens centelleó un letrero:

AL TERMINAR SU JORNADA, PRESÉNTESE EN EL DESPACHO DEL SUPERINTENDENTE DE 5° ORDEN, ROM TAYNO.

Mitchens leyó el mensaje y sintió una viva emoción.

Como todos los operarios de la fábrica, sabía que había alguien situado en una posición muy elevada, que la dirigía y tomaba las decisiones adecuadas. Nunca se le había imaginado que pudiera ser convocado al despacho de Tayno.

La máquina averiada continuaba en el mismo estado. Los equipos de reparación no se habían presentado todavía. Mitchens pensaba quejarse el Superintendente.

Terminó su trabajo y fue relevado. La cinta le condujo hacia la salida, pero, antes de llegar a ella, se salió y caminó por un largo pasillo hasta una puerta en la que se veía un rótulo con el nombre y título de su ocupante.

Llamó y le dieron permiso. Tayno le acogió con una brillante sonrisa:

—Siéntese, Mitchens — invitó amablemente.

—Gracias, señor.

Prudente, el joven esperó a que Tayno hablase de nuevo. El Superintendente hojeó unos papeles y luego dijo:

—He leído, y no he sido yo solo, su informe sobre la avería de la máquina L-301. Un informe justo, exacto y ponderado, sin una sola palabra de más, como otros que ha emitido usted en anteriores ocasiones. Eso demuestra discreción y claridad de juicio, Mitchens.

—Muchas gracias, señor. El equipo de reparación no...

Tayno alzó una mano.

—Hablaremos luego de este asunto. Primero hablemos de usted, Mitchens. Tiene ante sí una carrera prometedora. Ahora mismo podría ascender a Superintendente de 5° Orden, sin desdoro alguno. ¿Conoce las ventajas que eso lleva consigo?

—No, señor; no se me ha ocurrido imaginarlo siquiera... pero, ¿acaso sirvo yo para el puesto?

Tayno sonrió con indulgencia.

—No estaría aquí si no lo creyera así — respondió—. Entre las ventajas que se derivan de su futura posición, se encuentra un piso más amplio y capaz, con más comodidades y una entera libertad de decisión acerca de horarios de distracción, así como de comidas. ¿Qué le parece?

—Bueno, no está mal, pero...

—- El hombre tiene otras necesidades afectivas, una vez alcanzado un cierto nivel. Caso de lograr su ascenso, tendría derecho a compañía...

femenina, por supuesto.

—Un programa muy atractivo, señor — sonrió Mitchens.

—Una computadora seleccionaría su... compañía, de acuerdo con su idiosincrasia, gustos y preferencias. Pero, naturalmente, no depende de mi, sino del informe que yo presente a la Suprema Junta de Directores, quienes, en definitiva, son los que aprueban o deniegan la propuesta de ascenso. No obstante, puedo anticiparle que son escasas las denegaciones.

—Gracias, señor. Su interés me conmueve — dijo Mitchens.

—Es justicia — sonrió Tayno —. Ah, la numeración, es decir, el hecho de que se le nombre Superintendente de 5° Orden no tiene otro efecto que el puramente administrativo. Las diferencias de posición entre un Superintendente de Primer Orden y otro de quinto son prácticamente nulas. Y después se asciende a Superintendente Superior y, finalmente, a Director.

—Lo sé, señor.

—Usted podría llegar a ser director de Segundo Orden en un plazo muy breve. Luego viene la dirección de Primer Orden y, finalmente, el escalón más alto: Primer Director de Primer Orden.

—No está mal, aunque yo no creo llegar tan lejos.

—¿Por qué no? — dijo Tayno —. A fin de cuentas, hubo una época en que el actual Primer Director era un simple Intendente de 4.° Orden, como usted.

—Sí, desde luego. Señor, ¿puedo hacerle una consulta?

—Claro, para eso estoy aquí, Mitchens — accedió Tayno amablemente —. ¿De qué se trata?

—De mi situación particular. Estoy entablando relaciones con una mujer para unión matrimonial.

—Ah, eso no tiene importancia. Puede seguir como hasta ahora, Mitchens, no se preocupe.

—Pero si me cambian de domicilio...

—Repito que no tiene importancia — insistió Tayno —. En cuanto a la máquina L-301, pronto será sustituida por una nueva. Repararla costaría demasiado trabajo. Los restos serán transportados a la fundición; es su mejor destino.

—Sí, señor.

—Por ahora, eso es todo. Ha sido un placer, Mitchens.

—Digo lo mismo, señor.

Mitchens entendió que se le despedía y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia Tayno.

—Señor.

—Dígame, Mitchens. ¿Qué le pasa?

—A mí nada, señor. Sólo quería saber qué consecuencias se derivarán de la avería en la máquina U301.

—Ninguna de importancia, por supuesto — contestó Tayno.

Mitchens salió del despacho.

Sentíase defraudado. Si la avería de la máquina no tenía consecuencias, ¿por qué, entonces, Laiz le había hecho colocar la carga que había originado el estropicio?

CAPÍTULO VII

Extracto de una orden de Director Pwiw:

Se ordena al capitán Bik Dumfry dé los pasos necesarios para conducir a Avia Kastan al Centro de Eliminación número 6.

Cumpliméntese en el acto e infórmese de su ejecución.

* * *

Mitchens se sentía nervioso. No tenía noticias de Loira y lo peor era que no sabía tampoco como comunicarse con la muchacha.

De Laiz y de Deuquin no había el menor rastro. ¿Acaso se habían desanimado en su labor?

Así pensaba cuando llamó a la puerta del piso de Avia. Le extrañó que la joven tardase en abrir.

Repitió la llamada. Extrañado, se decidió a entrar. El piso estaba vacío.

Había un sillón volcado. La cama estaba revuelta.

Signos de lucha, pensó Mitchens.

¿Con quién había luchado Avia?

Sentía una viva simpatía hacia la joven, que no debía confundirse con otro sentimiento. Una extraña aprensión invadió su ánimo.

Sin saber por qué, se acordó del capitán Dumfry.

¿Tenía algo que ver aquel «venenoso esbirro», como le había calificado Loira, con la desaparición de Avia?

Desanimado, salió del piso y regresó a su casa.

Empezaba a comprender las frases de Tayno. No, aquél era un caso que no tenía importancia.

* * *

El *Homo Faber,* uno cualquiera, llegó aquel día a su casa, tras la jornada de trabajo, y se dispuso a darse una, ducha.

No había agua. Era extraño, se dijo el *Homo Faber.*

Jamás había sucedido una cosa semejante. Pero, paciente, como todos, se dispuso a comer.

La dispensadora de alimentos gruñó, tosió, carraspeó y acabó disparando un chorro de pasta hecho con la leche el agua y los bocadillos de carne sintética y las verduras sintéticas.

Aquello resultaba incomible. Por primera vez en su vida, el *Homo Faber* perdió los estribos y pegó una patada a la máquina.

— ¡Quiero comer! — gritó.

El televisor, impasible, seguía lanzando imágenes sobre la vida de las focas en las Sakhalin.

Pero la dispensadora de alimentos no daba de comer. Furioso, el *Homo Faber* abandonó su celda y salió al pasillo.

Muchas puertas se abrían en aquel interminable corredor. Hombres y mujeres se asomaban desconcertados.

—No hay agua...

—La comida no llega...

—A mí me ha llegado revuelta.

—Hecha una pasta.

—Es preciso protestar.

—¿Protestar? ¿Que es protestar?

—Tengo hambre...

—Quiero bañarme...

Cientos de altavoces de la televisión repetían lo mismo:

—En la isla de Sakhalin, las focas viven plácidamente...

—Salgamos a la calle — propuso uno—. Alguien nos verá y nos dirá qué debemos hacer para comer.

—Sí, vamos a la calle.

Muchas personas entraron atropelladamente en un ascensor. La máquina, sobrecargada, se hundió a lo largo de ochenta pisos.

Murieron todos. En aquel sector, como no había escaleras, los ocupantes del piso quedaron bloqueados.

Otros, sin embargo, aprendieron rápidamente y utilizaron los ascensores con más cautela. Era extraño ver a miles de personas en la calle, en horas desusadas, gritando a voz en cuello que querían bañarse y comer.

Pero no sabían a quién pedírselo.

* * *

Avia Kastan estaba aterrada.

Tres hombres habían ido a buscarla a su piso. Uno de ellos se había presentado como capitán Dumfry y le había ordenado que la siguiera. Avia, desconcertada, había obedecido.

Ahora estaba bajo las bóvedas de un gran edificio, tendida boca arriba sobre una cinta transportadora, a la que se hallaba sujeta por unas recias abrazaderas.

La cinta se movía lentamente hacia un túnel de color rojo, situado al fondo de la nave. Delante de ella había más seres humanos tendidos y sujetos a la cinta.

Eran los únicos ocupantes del lugar. La mayoría, según había podido apreciar Avia al ser atada a la cinta, eran personas de edad avanzada.

Ninguno de ellos decía nada ni protestaba. Parecían resignados con su suerte.

Avia había sido sujeta a la cinta en otra habitación anterior. Tras cruzar por una abertura del tamaño justo para un cuerpo humano, había entrado en aquella nave en la que reinaba una temperatura desusada.

Levantó la cabeza. El color rojo de aquel túnel...

Eran llamas. Avia se sintió presa de un pánico espantoso.

Avia sabía ya qué se hacía con los ancianos y con quienes desobedecían las órdenes de unión matrimonial.

Sin embargo, ella no había desobedecido aún aquella orden. ¿Por qué, entonces, la condenaban a la eliminación?

La respuesta era muy sencilla: la máquina que Rickett había encontrado en su piso y que había captado sus menores movimientos y hasta la última de sus palabras.

La cinta se acercaba inexorablemente a la boca del horno. Delante de ella ya sólo había dos ancianos.

El primero cruzó la boca del horno. Un mecanismo eyector lo disparó con gran potencia al centro de las llamas.

Avia gritó. Nadie la oyó.

El otro anciano fue lanzado igualmente y se convirtió en una gran llamarada casi instantáneamente. El calor era insoportable.

Los pies de Avia llegaron a la entrada del horno. La joven se resignó a morir.

Quiso gritar otra vez, pero desistió. ¿Quién podría oírla?

De repente, la máquina se paró. Las abrazaderas se soltaron por sí solas.

El instinto fue más fuerte que todo. Avia rodó sobre sí misma, se dejó caer al suelo y gateó para escapar a la muerte.

Otros la imitaron. Avia estaba enloquecida de terror. ¿Y si venían Dumfry y sus esbirros para arrojarla al horno?

La nave no tenía puerta, pero Avia pasó a través del hueco de la cinta, en el lado opuesto al horno. Sin preocuparse de los demás, quienes, aturdidos, no sabían cómo comportarse, buscó una salida y logró hallarla.

Pero ahora no sabía a dónde dirigirse ni qué hacer.

* * *

Extracto de un informe del Director de 1.er Orden, Jan Pwiw, dirigido a la Junta Suprema de Directores:

El origen de los presentes desórdenes se inició con la avería de una máquina que elaboraba tomillos en la fábrica número 75.G93.

Estos tornillos resultaban indispensables en la construcción de las piezas FY-9, la cual forma parte de la R-6-X, base de la pieza AA-7, que

entra en la construcción de numerosos motores de distribución.

Al fallar estas máquinas, se produjeron perturbaciones en el suministro normal de agua y alimentos al sector ciudadano Norte-IV-E, y sus ocupantes, alterados, se lanzaron a la calle, promoviendo alborotos, que fueron reducidos mediante una enérgica acción de la Policía. Hubo seiscientos muertos.

Se sospecha que los citados desórdenes han sido promovidos por actividades del «Grupo Pensante».

Asimismo, la avería antes mencionada provocó la paralización del Centro de Eliminación número 6, del que se evadieron bastantes personas antes de que la situación quedase dominada nuevamente.

Se solicita del Primer Director de Primer Orden la convocatoria de una reunión urgente de Directores de Primero y Segundo Orden para tratar de estos asuntos de viva voz.

Recomendación final del firmante:

De un modo tajante y radical, debe ponerse término a las nefastas actividades del «Grupo Pensante».

* * *

Respuesta del Primer Director de Primer Orden:

Enterado de su informe. Aceptada convocatoria. Fecha: 7/10/2527. Comuníquelo restantes Directores Primer y 2° Orden.

* * *

Orden del Director Pwiw al
Capitán de Policía Bik Dumfry.
Altamente reservada. Estrictamente personal.
Ejecución urgente.

Sospecho hay un traidor en la Junta Suprema de Directores. Dado que es imposible localizarlo desde mi puesto, deberá hacerlo usted por medio de las declaraciones que tomará a Loira Quérola, sin admitir negativas por ningún concepto.

Asimismo deberá activar gestiones para radical exterminación «Grupo Pensante».

* * *

Avia corría desolada a través de los campos. Todavía tenía la mente llena de horror por lo que había visto en aquel espantoso lugar.

La joven se sentía exhausta, sin aliento, con los pulmones a punto de reventar. En su mente sólo había una idea fija, obsesiva: huir, huir a

cualquier precio.

Pero las fuerzas empezaban a fallarle ya. Agotada, sin poder resistirlo, se derrumbó por tierra.

De pronto oyó pasos. Levantó la cabeza.

Dos hombres se acercaban a ella. Avia gimió de terror.

—No, no...

Uno de los hombres se arrodilló a su lado y la tomó dulcemente en sus brazos.

—Se ha escapado del horno, ¿verdad?

—Sí. Yo no quería morir... Déjenme vivir...—sollozó Avia.

—No tema, está entre amigos. Cuidaremos de usted y nos ocuparemos de que no sufra ningún daño. Ayúdeme, Brit, ¿quiere?

—Con mucho gusto, Matías — accedió Deuquin.

Laiz soltó una risita.

—La carga es muy agradable, pero me falta costumbre— comentó jovialmente.

Avia se sintió invadida por una gran paz. No, aquellos hombres no podían ser enemigos suyos.

No sabía a dónde iba, pero tampoco le importaba. Donde quiera que fuese, estaría a salvo.

* * *

Mitchens parpadeó atónito al ver a Loira en el umbral de la puerta de su casa.

—¡Por fin! — exclamó. Loira sonrió.

—¿Tenías ganas de verme? — preguntó.

—Imagínate. No sabía qué hacer para comunicarme contigo...

Mitchens cerró la puerta.

—Siéntate, por favor — indicó—. ¿Qué novedades me cuentas?

—Pusiste aquella pieza en la máquina, creo.

—Sí, y se produjeron considerables alteraciones.

Loira sonrió.

—Estás empleado en una de las fábricas base del sistema — dijo—. Tus tornillos iban automáticamente a otra fábrica que construía determinada pieza mecánica. Como no llegaron, la pieza no se construyó y no pudo formar parte de un mecanismo... y así sucesivamente, ¿comprendes?

—Sí, pero ¿hemos ganado algo con ello?

—La gente empieza a pensar. Eso es lo bueno de tu acción.

—Si tú lo dices...

—¿Lo dudas?

—Se han producido muertes, Loira.

—Lo sé.

—¿Era algo previsto en vuestros planes?

—No, ni siquiera lo habíamos soñado. Pero alguien perdió la cabeza.

Mitchens hizo un gesto de escepticismo.

—No estamos acostumbrados a tales incidentes — dijo.

—En efecto; y no creo que se reproduzcan, al menos en tal medida. Estamos apesadumbrados, créeme.

—Lo siento. Loira, tengo que decirte una cosa.

—¿Sí, Rickett?

—Se trata de Avia Kastan. Tenía que haberme unido a ella. Desapareció.

—No te preocupes. Está a salvo y en seguridad. Querían eliminarla, pero tu acción también influyó en el automatismo de la máquina de eliminación.

—¿Cómo?

Loira habló durante algunos minutos. Al terminar, Mitchens la miró asombrado.

—¡Qué salvajada! De modo que eso es lo que hacen con los ancianos y los que les estorban.

—Sí. Sencillamente, los convierten en humo.

—Sólo por eso merece la pena luchar, Loira — declaró él, con ojos brillantes.

Loira sonrió.

—Me alegro de que no nos equivocásemos al juzgarte — manifestó.

—¿Por qué me llamasteis?

—Se conocía tu cociente de inteligencia. Hicimos una prueba. Dio resultado. Casi a diario hacemos pruebas con personas, hombres y mujeres indistintamente, a quienes presumimos dignos de pertenecer a nuestro grupo.

—Comprendo. Pero dime, ¿qué beneficio puedo portaros yo?

—Eres un hombre inteligente. Necesitamos hombres como tú. Y también mujeres, claro.

—Un momento, Loira. Si se me va a pedir obediencia ciega, como pasa ahora...

—Antes de que hagas nada, conocerás los motivos y juzgarás por ti mismo — contestó ella.

—Eso me parece muy puesto en razón, Loira. ¿Me vais a encomendar una nueva misión?

—Sí. Tienes que entrar en La Fortaleza y ver lo que pasa allí, no precisamente para que nos informes, puesto que nosotros ya lo sabemos, sino para que... contemples lo que hay en aquel lugar y tengas todavía

mayores elementos de juicio para posteriores actuaciones.

CAPÍTULO VIII

Mitchens se quedó atónito al escuchar aquellas palabras.

—Entrar en La Fortaleza — repitió —. ¿Es posible?

—Sí — confirmó ella.

—¿De qué forma?

Loira le entregó un papel doblado en cuatro pliegues.

—Cuando me haya ido yo, léelo atentamente. Ve a La Fortaleza en tu próximo día de descanso semanal. Sal al anochecer y regresa al día siguiente, también por la noche.

—Entiendo. Loira, tengo que decirte algo agradable.

—¿Sí? ¿Qué es, Rickett?

—He sido propuesto para el ascenso a Superintendente de 5° Orden. Me han dicho que tal vez muy pronto llegue a Director

Loira se quedó con la boca abierta.

—¿Es cierto eso? — preguntó.

—Absolutamente, Loira.

Ella hizo unos movimientos con la cabeza.

—Entiendo — murmuró.

—¿Cómo? — preguntó Mitchens.

—Rickett, ten cuidado. No quieren eliminarte; prefieren llevarte junto a ellos. En una palabra, integrarte en el sistema, convertirte en un miembro más de la casta dominante.

—Me dejas parado — dijo él—. ¿Es eso malo?

—Si cedes, será malo para todos.

Hubo una pausa de silencio.

—Entonces — dijo Mitchens, al cabo de unos instantes—, ¿debo rechazar el ascenso?

—No podrías y, aunque pudieras, te harías más sospechoso de lo que ya eres. Sí, acepta el ascenso y sigue hasta llegar arriba. Entonces, tu conciencia te dictará cómo debes obrar... pero antes tienes que ver lo que hay en La Fortaleza, no lo olvides.

—Entendido.

Loira se puso en pie.

—Cambiarás de domicilio cuando te asciendan —- dijo sonriendo.

—Sí. ¿Cómo podré comunicártelo?

—No te preocupes. No faltará quien lo haga por ti.

—Pero yo no sé dónde vives tú — se quejó Mitchens.

—Es demasiado pronto todavía — respondió Loira—. Adiós, Rickett.

La joven abandonó el piso. Mitchens se quedó profundamente

preocupado por la entrevista.

¡Había tantas cosas que no comprendía por completo todavía!

Loira llegó a la planta baja del edificio y salió a la calle. Un hombre se le acercó en el acto.

—Usted es Loira Quérolan — dijo.

—Sí — admitió la muchacha.

—Soy el capitán Dumfry, de la Policía. Loira Quérolan, queda usted arrestada.

—¿Por qué? — preguntó ella.

—Órdenes superiores — dijo Dumfry secamente a la vez que la aferraba por un brazo —. Andando.

Loira intentó resistirse, pero abandonó sus propósitos al ver a los dos hombres uniformados de negro que se acercaban a ella. Resignada, se dejó llevar sin oponer resistencia.

Mientras, arriba, en su piso, Mitchens leía las instrucciones contenidas en el mensaje:

Se acercará a la base noroeste ele la Fortaleza. Verá una flecha fosforescente. Ponga la mano en la punta de la flecha. Encontrará el camino de ascenso a la meseta superior. Al llegar arriba, busque una especie de torreta rocosa con dos árboles. Encontrará comida y bebida y un par de prismáticos. Permanezca allí durante las horas de luz. Regrese de la misma forma al anochecer.

— ¿Y esto es todo? — se preguntó Mitchens, perplejo.

* * *

Dormía profundamente, cuando un extraño sonido le despertó, arrancándole de su sueño.

Era tina campana que tañía repetidas veces, con sonidos melodiosos, pero de rápidas intermitencias. La luz, además, se encendió por sí sola. Una voz pronunció su nombre:

—¡Rickett!

El joven se levantó rápidamente y corrió hacia la sala. Con gran asombro, vio encendido el televisor.

La cara de Deuquin aparecía en la pantalla.

—Rickett, Loira está en grave peligro — dijo—. Tiene que salvarla o todos nuestros esfuerzos serán baldíos. Está en el edificio número 672 de la Avenida número 2.455.

—Sí, pero... ¿cómo...?

—En su ascensor encontrará un uniforme negro y una pistola. Sabe qué es una pistola, ¿verdad?

—Ahora sí, aunque nunca la he manejado...

—Basta apretar el gatillo. Póngase el uniforme y vaya al edificio citado. A cualquiera que' le haga preguntas, diga que pertenece al pelotón del capitán Dumfry y que actúa por orden suya. ¿Ha entendido?

—Sí, señor.

Deuquin sonrió.

—Brit a secas, Rickett — contestó—. Vamos, dése prisa; los minutos son preciosos.

—Ahora mismo — prometió Mitchens.

Ya no quiso hacer más preguntas. Loira estaba en peligro y haría todo lo posible por salvarla.

Sobre todo, porque se daba cuenta de que no le habría hecho falta el dictamen de ninguna computadora para comprender que Loira era la mujer a la cual quería unirse para el resto de sus días.

* * *

El capitán Dumfry se cercioró de la solidez de las argollas que ceñían los brazos y las piernas de su prisionera al sillón en el cual estaba sentada. Luego la miró y sonrió perversamente.

—Loira Quérolan, ¿se imagina usted por qué la he detenido? — preguntó.

—Es lo mismo que yo le dije antes y usted me contestó algo sobre órdenes superiores — manifestó Loira sin pestañear.

—Exacto, órdenes superiores — corroboró Dumfry—. Y esas órdenes consisten en tomarle a usted declaración acerca del «Grupo Pensante» al cual pertenece y cuyos componentes son también conocidos bajo el sobrenombre de los «Psicorrebeldes».

—No sé nada — repuso ella fríamente.

—Esperaba esa contestación de usted, Loira — habló Dumfry sin alterarse —. Sólo quiero darle ocasión de meditar acerca de la conveniencia de declarar todo cuanto sabe.

—¿Y si no lo hago?

—Hay dos medios de obtener la verdad: uno, por medio de drogas inhibidoras de la voluntad, vulgo narcóticos.

—¿Cuál es el otro?

—El primero resultaría demasiado fácil, aburrido, diría yo — habló el policía con displicencia—. El segundo es más divertido.

—¿Tortura? — preguntó Loira.

—Sí.

—¿Qué clase de tortura?

—Siga negándose y lo sabrá.

Loira vaciló un instante.

Dumfry la contemplaba con avidez. Detrás de él, dos guardias permanecían impasibles, cruzados de brazos.

—¿No me dice nada? — preguntó Dumfry, en vista del silencio de la prisionera.

Loira inspiró fuertemente y respondió:

—No.

Dumfry sonrió.

—Dentro de poco hablará por los codos. ¡Rutger! — llamó.

—¿Capitán? — contestó uno de los policías.

—Conecte la corriente durante medio segundo.

—Sí, señor.

Rutger accionó un interruptor situado en la pared. Loira pegó un bote en la silla y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no chillar.

El aflujo de la corriente cesó casi en el acto. Dumfry, con pérfida sonrisa, se inclinó sobre Loira, que aparecía pálida y ligeramente sudorosa.

—Puedo hacer aumentar la intensidad de la corriente hasta, límites insoportables — dijo —. Puedo mantener el interruptor conectado no durante medio segundo, sino durante toco el tiempo que me plazca...

—¡No hablaré! — dijo Loira.

Dumfry no se molestó por la interrupción.

—Hablará — afirmó —. Una persona puede soportar la tortura corriente, pero cuando está sometida a la acción de la electricidad, acaba pidiendo piedad a voz en cuello... a cambio, naturalmente, de que cese el tormento. Le guste o no, esto es algo que no se puede resistir llegados a ciertos límites y yo estoy dispuesto a rebasarlos si es preciso. ¿Está claro?

Los ojos de Loira centellearon.

—¡Adelante! —desafió—. ¡Rutger, baje el interruptor!

* * *

Un hombre uniformado de negro detuvo a Mitchens cuando se disponía a entrar en el edificio que le habían señalado en el mensaje.

—¡Eh, usted! ¿Puede saberse a dónde va? — preguntó.

Mitchens miró al guardia de arriba abajo, con aire desdeñoso.

—Puede — contestó —. Me gusta ser condescendiente con los compañeros y por eso te diré que pertenezco al pelotón del capitán Dumfry. ¿Alguna pregunta más, muchacho?

El guardia se turbó. Como todos, conocía la casi ilimitada autoridad de que disfrutaba Dumfry.

—Lo siento, no lo sabía — contestó.

—Bah, no tiene importancia, camarada — dijo Mitchens sonriendo—. Por cierto, ¿dónde diablos se encuentra ahora? Ese hombre tiene la virtud de estar en todas partes, menos en su despacho.

—Segundo sótano, puerta L — informó el policía.

Mitchens pasó junto al sujeto y le dio una benevolente palmada en el hombro.

—Gracias, amigo.

Cruzó el amplio vestíbulo, donde varios hombres de negro conversaban distraídamente y se introdujo en el ascensor. Sintió ira contra el sistema que sujetaba a millares de millones de personas a una existencia prácticamente vegetativa, sustentado por una serie de individuos que vivían de la esclavitud de los demás.

El ascensor se detuvo en el segundo sótano. Mitchens avanzó a lo largo de un corredor brillantemente iluminado y se detuvo ante la puerta L.

Miró a derecha e izquierda. El corredor estaba desierto en aquellos momentos.

Con la mano derecha en la culata de la pistola, alargó la izquierda y abrió en el mismo momento en que se dejaba oír la voz de Loira:

—¡Adelante! ¡Rutger, baje el interruptor!

CAPÍTULO IX

Mitchens empujó con todas sus fuerzas. Encontró un obstáculo humano.

El guardia que estaba delante de la puerta salió proyectado hacia delante, tropezó con Dumfry y lo derribó por tierra. Los ojos de Loira se desorbitaron al reconocer al recién llegado.

Mitchens irrumpió en la estancia. A su izquierda, Rutger, con la mano en el interruptor, vaciló un instante, sin saber qué hacer.

El joven se aprovechó de su indecisión. Saltó hacia y él le golpeó en la frente con el cañón de la pistola. Rutger se desplomó como un buey apuntillado.

Dumfry juraba y maldecía, mientras trataba de ponerse en pie. Antes de que lo consiguiera, algo le golpeó en la nuca y perdió el sentido;

El otro guardia se incorporó. Mitchens le encañonó con el arma.

—Si te mueves, te abraso.

El hombre se puso lívido. Mitchens sonrió.

—No parece que estés muy acostumbrado a que haya gente que se oponga a vosotros, ¿verdad? — Movió la pistola—. Suelta a la prisionera — ordenó.

Instantes después, Loira se ponía en pie, alisándose las ropas maquinalmente.

—Ocupe mi sitio — dijo al guardia.

El sillón tuvo bien pronto un nuevo ocupante. En su fuero interno, Mitchens aprobó la idea de la muchacha; de este modo, evitaban la persecución.

—Vámonos — dijo ella una vez hubo asegurado al guardia en el sillón.

Salieron juntos. Mitchens divisó una llave y cerró, guardándosela luego en el bolsillo.

El corredor seguía desierto. De pronto, Loira señaló un punto con la mano.

—Rickett, haz un disparo — pidió.

Mitchens levantó el arma y apuntó a un determinado lugar de la pared. Apretó el gatillo y una columna que parecía de fuego sólido brotó en el acto de la boca del arma.

El joven se quedó pasmado. Aquel chorro de fuego, de vivísimo color blancoazulado, abrió un círculo negro en la pared, abrasando el cemento y todo cuanto se encontraba debajo hasta una profundidad de casi treinta centímetros, en un círculo de un palmo de diámetro.

—De este modo, has cortado la comunicación de ese cuarto con los

pisos superiores del edificio — explicó Loira.

Mitchens hizo un gesto de asentimiento, todavía impresionado por la potencia del arma. Luego, rehaciéndose, caminó hacia el ascensor.

La salida se efectuó sin ninguna dificultad.

—El capitán Dumfry me ha ordenado la devuelva a su casa — dijo Mitchens, con desparpajo, al guardia de la puerta.

—Está bien, compañero — accedió el individuo.

Poco después, se separaron.

—¿Cuándo volveré a verte? — preguntó él con avidez.

—Ya tendrás noticias mías — contestó.

Momentos después, había desaparecido en la oscuridad.

Mitchens lanzó un suspiro. Luego, resignado, emprendió el regreso a su casa.

Antes de llegar a ella, buscó un lugar solitario y se despojó del uniforme, que fue a parar, junto con la pistola, a una alcantarilla. Lamentó desprenderse del arma, pero no quería sentir un día la tentación de utilizarla contra un ser humano.

Ni siquiera aunque fuese de la calaña del capitán. Dumfry.

* * *

Extracto de un informe reservado del capitán Dumfry:

La prisionera Loira Quérolan fue liberada por un asaltante, que se disfrazó de policía, ignorándose su identidad. El interrogatorio, por tanto, no pudo tener efecto.

Hago gestiones para localizar su paradero.

Hasta el momento, han resultado infructuosas.

* * *

El Director de Primer Orden Pwiw leyó el informe y contestó con una sola palabra, que no oyó más que él mismo:

— ¡Maldición!

Luego redactó un intimidador mensaje, dirigido al capitán Dumfry:

Evite otro fracaso o perderá el puesto y se convertirá en un vulgar Homo Faber en una fábrica de alimentos.

* * *

Le tocaba al día siguiente su fiesta semanal y en cuanto salió del trabajo, Mitchens abandonó a pie la ciudad y se encaminó hacia La Fortaleza, a cuyas inmediaciones llegó al anochecer.

Recordó las instrucciones recibidas, que tenia grabadas en la memoria de la primera a la última letra. No tardó en encontrar la flecha fosforescente.

Inmediatamente, puso la mano en la punta de la flecha. Un trozo de la pared rocosa, de aquella muralla que se elevaba casi verticalmente, sin ningún asidero, a seiscientos metros sobre su cabeza, giró en completo silencio a un lado, dejando a la vista una negra abertura.

Entró. La puerta de roca giró nuevamente y, casi en el acto, el suelo empezó a elevarse.

El ascenso duró casi cinco minutos. De pronto, Mitchens se encontró en la meseta superior, en el fondo de una pequeña hoya, formada por rocas y arbustos.

La luz de la luna le permitió divisar una protuberancia rocosa a unos cincuenta metros de distancia. Era como una columna de sesenta o setenta metros de diámetro y veinticinco de altura, de cima plana, en la que crecían dos árboles y algunos matorrales.

Mitchens encontró una escalera de peldaños tallados directamente en la roca. Subió arriba y buscó hasta encontrar una bolsa con comida y agua.

Comió y bebió un poco. Los gemelos, dentro de su funda, estaban igualmente en la bolsa. Luego buscó un lugar adecuado y se tendió a dormir.

Le despertaron los primeros rayos del sol. Entonces, sacó los prismáticos y se puso a explorar la meseta.

A los pocos momentos, comprendió perfectamente por qué Laiz le había hecho ir a aquel lugar, residencia de los Directores y Superintendentes Superiores.

Cualquier explicación que Laiz le hubiera dado, no habría sido suficiente para descubrir una décima parte de lo que estaba viendo y de lo que vio durante el transcurso del día. Al llegar la noche, satisfecho, aunque también profundamente conturbado, emprendió el regreso por el mismo camino, sin que nadie le estorbara.

Lo que había contemplado le convenció de que había dos medios para deshacerse de los rebeldes que amenazaban al sistema. Uno de ellos era eliminarlos, simplemente.

El otro consistía en llevarlos a La Fortaleza.

Y esto era lo que querían hacer con él.

* * *

Orden para ser cumplimentada por el Intendente de 4." Orden, Rickett Mitchens:

1° Se le asciende a Superintendente de Segundo Orden.
2° Su nuevo domicilio, al que se trasladará inmediatamente, se encuentra en la Avenida 16, 1.633, 28.297, 122.ª planta, puerta A.
3° A partir de la presente orden, supervisará el funcionamiento de la Fábrica n.° 2.551.

* * *

Mitchens entró en su nuevo piso y contempló maravillado la decoración.

Un salón amplísimo, cuatro veces superior al viejo, muebles lujosísimos, dos enormes dispensadoras de alimentos, con numerosas etiquetas que indicaban clases variadas de manjares y bebidas, una gran pantalla de televisión, un vasto dormitorio, también lujosamente amueblado, un cuarto de baño con una piscina que parecía una bañera...

Y, sobre todo, libertad de conectar y elegir los programas de televisión a su gusto.

El piso disponía, además, de una terraza encristalada, desde la que se divisaba una fantástica panorámica. Al fondo, casi en el horizonte, se divisaba la pétrea mole de la Fortaleza.

—Mi próximo ascenso me conducirá allí — dijo a media voz.

De pronto, llamaron a la puerta.
Mitchens cruzó el salón y abrió. Una hermosa mujer de largos cabellos rubios y sonrisa hechicera, apareció ante sus ojos.

—Soy Yayna —dijo—. Usted es Rickett Mitchens, supongo.

—Sí — admitió el aludido.
—Está solo en su casa. Vengo a hacerle compañía, Rickett.

Mitchens se quedó sin aliento.
—Pero...
Yayna continuaba sonriendo.
—¿Me rechaza? — preguntó—. ¿Acaso me encuentra fea?

—No... no es eso...—Mitchens tragó saliva—. Es que... Estoy cansado, Yayna. ¿Por qué no vuelves mañana?

—Si tú lo dices... De acuerdo, Rickett. Volveré mañana.

Mitchens cerró la puerta y se apoyó en ella, tembloroso y cubierto de sudor.

Si, querían «comprarle» con lo mejor que se podía ofrecer a un hombre: lujos y una mujer hermosa.

Pensó en Loira.

—¿Dónde estás? — habló angustiadamente—. ¿Por qué no vienes a verme?

Se preguntó si dado su nuevo rango podría indagar acerca del paradero de la muchacha. Pero ¿quién se lo iba a decir, si lo lógico era suponer que Loira se habría escondido?

* * *

De nuevo llamaron a la puerta. Hacía rato que Mitchens se había sentado, entregándose a sus reflexiones, y la llamada le sobresaltó.

Era el capitán Dumfry. Mitchens enarcó las cejas al verle.

—¿Puedo pasar? — preguntó el policía cortésmente.

—Desde luego.

Dumfry cruzó el umbral. Sonreía, mientras paseaba la vista por la decoración.

—Se nota que es hombre de gran capacidad, Mitchens— dijo, tras unos segundos de silencio—. Ha ascendido rápidamente en los últimos tiempos.

—Sí. — contestó él.—De simple operario, en pocas semanas, ha pasado a Superintendente de 2° Orden. ¿No le da que pensar esta veloz serie de ascensos?

—Otros piensan por mí, capitán — dijo Mitchens, sin pestañear.

—Usted ya está en situación de pensar por sí mismo. Su nuevo rango le permite tomar decisiones libremente.

—Entre ellas, la de pedirle que se marche.

Dumfry le miró fijamente.

—Mitchens, quiero que sepa una cosa. Ni su nueva categoría podría librarle de la eliminación si cometiese un error.

—¿A qué se refiere usted, capitán?

—No es necesario que se lo diga, Mitchens; lo sabe tan bien como yo. Ha alcanzado un buen puesto; no lo pierda.

—A mí me gustaría explicarle por qué he llegado hasta aquí, capitán.

—No es necesario, lo sé perfectamente. Una cosa, Mitchens, y es uh consejo leal: evite todo contacto con los «Psicorrebeldes». Resultará beneficioso para usted.

—¿Es una amenaza, capitán?

—Una simple advertencia, nada más.

—Muy bien. ¿Me permite que le dé mi respuesta?

—Hágalo, se lo suplico.

El puño de Mitchens se disparó con tremenda potencia.

Pasaron algunos minutos. Dumfry, aturdido, se levantó y contempló a su antagonista.

—No lo repita...—tartajeó, ebrio de ira—. No lo repita o...

Mitchens lo agarró por la cazadora y lo sacó al pasillo.

— Vuelva a amenazar a un Superintendente de Segundo Orden y se encontrará engrasando una máquina antes de que sepa lo que le ha ocurrido — dijo Mitchens a guisa de despedida, complementada con la aplicación de su pie derecho a las posaderas del esbirro.

CAPÍTULO X

Extracto de un informe reservado del capitán Dumfry:

La ventaja de los miembros del «Grupo Pensante» estriba en la completa información que poseen. Ello confirma la existencia de un traidor en La Fortaleza.

Sugiero una cuidadosa intervención de todas las líneas de comunicación de La Fortaleza; ello, sin duda alguna, nos permitirá, encontrar al traidor y aplicarle luego el castigo consiguiente.

Solicito consejo acerca de medidas a tomar respecto a Rickett Mitchens, ahora Superintendente de 2° Orden.

* * *

Extracto de la respuesta del Director de Primer Orden Pwiw:

Imposible adoptar medidas propuestas, sin consentimiento previo y unánime de la Junta Suprema. No obstante, se toma en consideración su sugerencia.

Respecto del individuo aludido en su informe, deberá ser sometido a una vigilancia continua e implacable, que durará las veinticuatro horas del día:

* * *

Una lámpara centelleó apenas Mitchens entró en su piso, después de la jornada de trabajo.

Se acercó a la receptora de mensajes y extrajo una tarjeta que decía:

«Parque número 3, mañana, 1930.»
—¡Por fin!—exclamó el joven, sin poder contenerse.

Al día siguiente, a la hora fijada, sufrió una decepción.

—¿Dónde está Loira? — preguntó.
Brit Deuquin le dirigió una sonrisa tranquilzadora.
—No tema por ella — contestó —. Está en lugar seguro.

—Me hubiera gustado verla...
—No ha podido venir y, créame, lo siente tanto como usted.

—Pero ¿cuándo podré verla de nuevo?
—Tenga paciencia, se lo recomiendo. ¿Estuvo en La Fortaleza?

—Sí, desde luego.
—Cuénteme, ¿qué vio allí?
Los ojos de Mitchens despidieron fulgores de cólera:

—Un paraíso, Brit — respondió—. No me extraña que los peces gordos quieran continuar manteniendo la situación.
—Lógico, ¿verdad? — sonrió Deuquin.
—Sí, lógico para ellos, que viven en lujosísimos palacios, rodeados de todas comodidades y acompañados por hermosas muchachas, que les proporcionan solaz y entretenimientos continuos.
—Y todo ello lo obtienen a costa del *Homo Faber*. Le permiten vivir y no le falta de nada, pero sólo eso.
—Excepto lo necesario para ser de nuevo el *Homo Sapiens*.
—Justamente, pero no les convendría, porque el *Homo Saines* piensa y si todos pensaran, La Fortaleza desaparecería.
—¿Resultaría conveniente, Brit? Los trastornos serían grandísimos.
—Tal vez, en los primeros tiempos, mientras la gente se acomodase a su nueva situación. Pero éste es un riesgo que hemos de correr inevitablemente.
—Comprendo. ¿Algo más, Brit?
—Sí. En caso de apuro, pulse el cuarto botón de su televisor. Recibirá información acerca de lo que debe hacer en el acto.
—Muy bien. Brit, ¿dónde está Laiz?
—Se siente vigilado y no ha querido acudir a la entrevista. Ya hablará con él otro día.
—De acuerdo. ¿Eso es todo?
—Si. Rickett, celebro que esté a nuestro lado —se despidió Deuquin.
Los dos hombres se separaron. Deuquin caminó apaciblemente hacia la salida del parque.
Des hombres vestidos de negro se le acercaron apenas hacía llegado al exterior.
—¿Es usted Brit Deuquin? — preguntó uno de ellos.

—Así me llamo — contestó el aludido, sin pestañear.

—Muy bien. Venga con nosotros. Está arrestado.
—¿Motivos?
—Pertenece al «Grupo Pensante». ¿Le parece poco, Deuquin? Hubo un momento de silencio. Luego, Deuquin, inesperadamente, intentó escapar.

Corrió unos cuantos pasos. Otros dos guardias surgieron de pronto ante él y lo redujeron a la impotencia en unos instantes.

Dumfry se hizo visible de pronto. Pareció que brotaba del suelo.

—Bien — dijo con expresión satisfecha—, ya era hora de que cayera en mis manos uno de los miembros más prominentes de los «Psicorrebeldes». Tú me dirás sin duda dónde está lo que, con mucha benevolencia, puede llamarse vuestro cuartel general, ¿verdad?

Deuquin no contestó. Dumfry no pareció enojarse por el silencio de su prisionero.

—Está bien — agregó—; el lugar no es el más adecuado para sostener una conversación interesante. Yo conozco uno donde podremos hablar largo rato sin que nadie nos interrumpa.

* * *

La mesa era enorme, de forma ligeramente oval, con capacidad suficiente para que se sentasen en torno a ella hasta tres docenas de personas.

Tal era el número de los hombres sentados y que componían la Junta Suprema de Directores de Primer Orden y Superintendentes Superiores. La cifra de los primeros alcanzaba a once solamente, en tanto que los segundos eran treinta y siete.

El techo de la habitación era un enorme cristal traslúcido, que matizaba la luz exterior y atenuaba su resplandor. En la cabecera de la mesa, el Primer Director de Primer Orden presidía la reunión.

Un superintendente Superior se levantó con un papel en la mano y empezó a leer con voz monótona:

—La cifra de producción en las fábricas números 2.233, 507 y 875 ha aumentado...

Alguien cortó aquel discurso apenas iniciado.

—Ruego a mi colega me dispense, pero creo que hay asuntos de mayor urgencia que las cifras de producción de un determinado sector.

Era Pwiw. Un Superintendente le preguntó:

—¿Acaso se refiere usted al problema de los Psicorrebeldes?

—Exactamente — contestó Pwiw.

—Tengo noticias de que ese problema está en vías de solución.

—Se equivoca, querido colega. No sólo no está en vías de solución, sino que se hace más agudo a cada momento que pasa.

—Usted estaba encargado del asunto — dijo otro Director—. ¿Por qué no lo ha resuelto?

Pwiw sonrió.

—Puedo resolverlo, si se me conceden plenos poderes — respondió.

—Para conceder plenos poderes, se necesita antes conocer los planes que han de ser ejecutados — manifestó el Primer Director; y otros varios

aprobaron sus palabras con enérgicas exclamaciones de asentimiento.

—Muy bien — contestó Pwiw —. En tal caso, lo diré ahora mismo. Necesito autorización para intervenir los sistemas personales de comunicación de todos cuantos habitamos en La Fortaleza.

Las palabras de Pwiw causaron una enorme sensación.

—¡Jamás se ha hecho una cosa semejante!

—Votaré no a la propuesta.

—¿Acaso se me considera un traidor?

—Eso significaría ceder mi autoridad y no lo haré jamás...

Pwiw escuchó impasible el torrente de protestas que había seguido a sus palabras.

—Muy bien — dijo, impasible—, en tal caso, me desentiendo del problema y que otro se ocupe de él. Que otro cargue con el fracaso y la destrucción del sistema.

—Pero ¿por qué quiere espiamos? — preguntó un director.

—Es muy sencillo: hay un traidor entre nosotros, que apoya a «Grupo Pensante».

—¿Un traidor? — repitieron algunos.

—Así como suena, con todas las letras.

El Primer Director levantó la mano derecha.

—La propuesta, desde luego, será sometida a votación; y en lo que a mí se refiere, no tengo inconveniente en someterme a ese escrutinio de mis actividades. Sólo el traidor votará en contra, opino; y ello suponiendo que exista, desde luego.

—Bien — dijo uno —, que se apruebe la propuesta, pero por un período de tiempo limitado.

—Cuatro semanas — fijó otro.

El Primer Director dijo:

—La votación se efectuará inmediatamente. Primero: sobre la aceptación o no de la propuesta de Pwiw. Segundo: sobre el plazo de intervención de las comunicaciones. En esta segunda votación, cada cual expresará el plazo que crea conveniente y luego se obtendrá una media, que será a duración definitiva. ¿Alguna objeción?

No la hubo.

La primera votación fue unánime: no hubo una sola negativa.

Pwiw se sentía desconcertado. ¿Le había engañado Dumfry?

En cuanto al plazo fijado, hecho el cálculo correspondiente, resultó ser de cinco semanas y dos días.

—Está bien — dijo el Primer Director—. Pasemos ahora a...

Un vivo centelleo del receptor de mensajes de Pwiw le interrumpió en el acto. Pwiw tenía ante sí, como todos, una pequeña pantalla de televisión, en la que aparecieron unas líneas escritas.

Pwiw leyó el mensaje. Luego, con sonrisa radiante, dijo:

—Amigos, acaban de anunciarme que se ha descubierto el cuartel general del «Grupo Pensante».

* * *

Una luz brilló con rápidas intermitencias en el salón de la residencia de Mitchens.

El joven acababa de llegar a casa. Se acercó al emisor de mensajes y extrajo una tarjeta, que decía:

«Acuda inmediatamente a 787.ª, 2.957, planta baja, 4.ª puerta. Actúe sin demora. Serios peligros. Deuquin ha hablado.

Mitchens se aterró.

El significado del mensaje no ofrecía la menor duda. Había sido descubierto el escondite de Loira.

—Ese maldito Dumfry...—dijo, mientras corría enloquecidamente hacia la salida.

* * *

Bik Dumfry terminó de teclear en la máquina que le ponía en contacto directo con Pwiw y luego se volvió hacia su prisionero.

Brit Deuquin parecía un guiñapo humano, sujeto al sillón de tortura. La cabeza se doblaba hacia el pecho, pero aún estaba consciente.

—Bien — dijo—, ahora ya sé dónde se reúnen los «Psicorrebeldes». Pero todavía no me has dicho el nombre del traidor.

—No... no lo diré...—jadeó el prisionero.

Dumfry hizo una señal con la mano. La corriente eléctrica fue disparada nuevamente hacia el cuerpo de Deuquin, que se estremeció de una manera horrible.

—Basta, basta... — gimió.

—El nombre del traidor — exigió Dumfry, implacablemente.

El prisionero se rindió.

—Claro — sonrió Dumfry —, no podía ser otro.

Y acto seguido, hizo un gesto siniestro con la mano, señalando hacia el suelo con el pulgar.

El guardia que estaba junto al interruptor dio el máximo de corriente. Deuquin murió electrocutado

Dumfry le dirigió una mirada despectiva.

—Arrojen el cadáver a una cloaca — ordenó, por encima del hombro, mientras se dirigía hacia la salida.

CAPÍTULO XI

Mitchens llamó repetidas veces a la puerta. Un hombre abrió y le miró con extrañeza.

—¿Qué desea? — preguntó.

—Quiero hablar con Loira Quérolan. Soy Rickett Mitchens...

Una voz de mujer se oyó de inmediato en el interior de la vivienda:

—¡Rickett!

La muchacha apareció ante los ojos del recién llegado.

—¿Qué pasa, Rickett? ¿Quién te ha indicado mi dirección?

—Eso no importa ahora, Loira. Dumfry la conoce también. Tenéis que poneros a salvo. Deuquin ha sido hecho prisionero y le han obligado a hablar.

Loira se puso pálida.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo ignoro, pero eso es lo de menos ahora. Vamos, tenemos que escapar ahora, antes de que sea demasiado tarde...

El otro escuchaba junto a la pareja. De repente, miró hacia la puerta y vio algo que le llenó de espanto.

—¡La policía!

Mitchens giró en redondo y divisó a varios vehículos que se acercaban raudamente al edificio. Nadie podía usar tales vehículos si no eran policías o personas de alto rango.

—¡Por aquí, Rickett! —indicó Loira.

La joven echó a correr. Mitchens la siguió en el acto. Atravesaron la casa y Loira abrió una ventana que daba a una calle posterior, por la que escaparon.

Había otras personas en el edificio. Algunos lograron escapar.

Otros tuvieron menos suerte. Dumfry y sus esbirros entraron disparando a diestro y siniestro.

Momentos después, el suelo estaba lleno de cadáveres carbonizados.

Dumfry contempló la escena, acariciándose la mandíbula pensativamente.

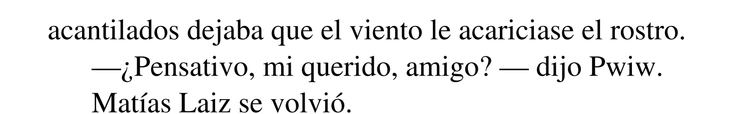
—Juraría que esa condenada pareja ha conseguido huir — murmuró para sus adentros.

Pero no le importó mucho. Sabía dónde encontrarlos.

* * *

El paisaje que se divisaba desde lo alto de La Fortaleza era maravilloso.

Soplaba una fresca brisa. El hombre que estaba junto al borde de los


acantilados dejaba que el viento le acariciase el rostro.

—¿Pensativo, mi querido, amigo? — dijo Pwiw.

Matías Laiz se volvió.

—Hola, Jan—contestó sonriendo—. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí. Quiero que me aclares una duda, Matías.

—Tú dirás.

—Es una pregunta muy sencilla, Matías. ¿Qué espirabas conseguir como jefe del «Grupo Pensante»?

Hubo una pausa de silencio. Los dos hombres se contemplaban recíprocamente.

—Lo has averiguado al fin — dijo Laiz, rompiendo el silencio.

Pwiw sonrió.

—Tengo un excelente servicio de información, Matías. Pero todavía no has contestado a mi pregunta.

—¿Tan torpe eres que tú mismo no sabes hallar la respuesta?

Pwiw lanzó un suspiro.

—Sí, lo sé, pero encuentro que es una actitud estúpida por tu parte, Matías. Eres el Primer Director de Primer Orden. ¿Por qué perder un lugar tan sustancioso?

—Creo que no entenderías del todo mis motivos, Jan, pero opino que las cosas han llegado a un extremo terriblemente pernicioso. Es preciso convertir en *Homo Sapiens* al *Homo Faber.*

—Nobles propósitos — Pwiw rió desdeñoso —. Pero no pasan de ser una utopía. El *Homo Faber* seguirá siendo el mismo, por más que tú y otros locos como tú os empeñéis en lo contrario.

—¿Crees que conseguirás evitarlo?

—Sí.

—¿De qué modo?

—Primero, eliminándote a ti.

—Esto no resolverá el problema.

—De momento, resolveré el que es común **a** ambos— contestó Pwiw.

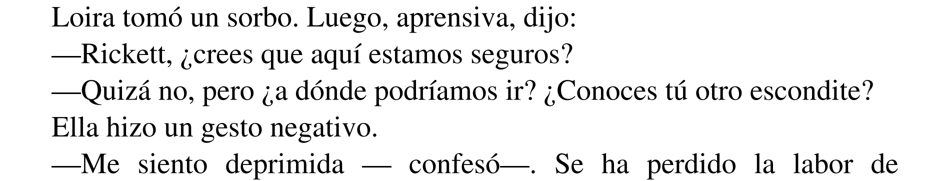
Y antes de que Laiz pudiera aprestarse a la defensa, Pwiw le propinó un tremendo empellón con ambas manos.

Laiz dejó escapar un grito. Pwiw se inclinó sobre el borde y contempló la caída del Primer Director con morbosa satisfacción.

— Seiscientos metros — dijo complacidamente, mientras veía dar vueltas en el aire el cuerpo de Laiz.

* * *

—Los Superintendentes de. 2° Orden tenemos ciertas ventajas — dijo Mitchens, ofreciendo un vaso a Loira—. Por ejemplo, poder beber un vasito de vino de cuando en cuando e invitar a nuestros huéspedes.



Loira tomó un sorbo. Luego, aprensiva, dijo:

—Rickett, ¿crees que aquí estamos seguros?

—Quizá no, pero ¿a dónde podríamos ir? ¿Conoces tú otro escondite?

Ella hizo un gesto negativo.

—Me siento deprimida — confesó—. Se ha perdido la labor de muchísimos meses...

—Loira, aunque todos nosotros muriésemos, otros tomarían nuestro relevo — dijo él con firme acento—. La esclavitud en que ha caído la Humanidad, sujeta al despótico capricho de unos cuantos, no es cosa que, a la larga o a la corta, no pueda ser barrida. Piensa en ello y te sentirás mejor, créeme.

—Tal vez, pero parecía que ya estábamos a punto de alcanzar el triunfo.

—Todos los movimientos de rebeldía tienen altibajos; pero sólo el que emplea como motivos una causa justa puede vencer.

—Sí, es verdad...

Una campana empezó a tañer suavemente en aquel momento.

—¿Qué pasa? — preguntó ella, alarmada.

—Es la orden de conexión general de todos los televisores — dijo Mitchens —. Ni siquiera un Superintendente de 2° Orden puede desobedecerla.

Se acercó al televisor y oprimió el interruptor. La pantalla se iluminó en el acto.

Una hermosa muchacha, enteramente vestida de negro, ce los pies a la cabeza, con expresión afligida, apareció en la imagen.

—Amigos todos — dijo la locutora—, me encuentro en el penoso deber de comunicarles una infausta noticia.

Nuestro Primer Director de Primer Orden, el ilustre y justo Matías Laiz, ha muerto, a consecuencia de un terrible accidente...

Mitchens se quedó anonadado, con doble motivo.

—Laiz, muerto — dijo.

Loira se tapó la cara con las manos.

—Es increíble — añadió él—. Nunca me imaginé que Laiz fuese el Primer Director.

—Lo era; y también el más ardiente defensor y propulsor de nuestros ideales — dijo Loira muy apenada—. Ellos ganan, Rickett, ellos ganan.

Mitchens crispó los puños de rabia.

—¡Pero tiene que haber algún medio para derrotarlos! — exclamó.

Loira no dijo nada; si lo había, lo desconocía.

El joven empezó a pasearse por la estancia.
—Subir a La Fortaleza y asesinar a todos los Directores...

Pero ello no resolvería nada y, además, le repugnaba cometer un asesinato en masa, en el supuesto de que pudiera ejecutarlo.

—Tendría que haber una sublevación general — musitó.

—Sí, pero, ¿cómo lo haces saber a todos? — preguntó Loira.
Mitchens reflexionó unos instantes. De pronto, se resolvió hacia la muchacha.
—¡Un momento! — dijo—. Esa locutora que ha dado el anuncio de la muerte de Laiz ha hablado desde alguna parte. En algún lugar está la emisora central que transmite las sesiones de televisión.
—Sí, claro. Está en...
Algo interrumpió a Loira.
Una llamada a la puerta.

* * *

Mitchens y Loira miraron al mismo tiempo hacia la puerta
La llamada se repitió de nuevo. Inspirando con fuerza, el joven se dispuso a abrir.
La figura harto conocida del capitán Dumfry apareció bajo el dintel. Dumfry sonreía con su cínica expresión de costumbre.
—Hola, amigos — saludó—. ¿Puedo pasar?
Mitchens le miró fijamente. Detrás de Dumfry venían dos guardias armados.
—Por supuesto — accedió.
Dumfry cruzó el umbral. Los guardias le siguieron, pero Mitchens los paró en seco.
—Ustedes, no.
—Vamos con el capitán...
Mitchens cortó la protesta en el acto.
—Soy Superintendente de 2.° Orden. ¿No les dice nada mi rango? — exclamó.
Los guardias quedaron confundidos. Dumfry resolvió la situación con una risita.
—Está bien, muchachos — dijo—; aguarden ahí fuera.
Mitchens cerró la puerta. Dumfry dio media vuelta y contempló a Loira.
La muchacha permanecía de pie, en el centro de la estancia, inmóvil como una estatua. Su pecho subía y bajaba rítmicamente con los movimientos de la respiración.
—Si tiene algo que decir, capitán, yo puede empezar— invitó

Mitchens.

—En efecto — contestó Dumfry—. Tengo algo que decirles a los dos. Y de su respuesta depende el futuro de ambos. Un futuro largo y plácido... o un futuro cortísimo.

CAPÍTULO XII

Mitchens tomó una botella y llenó dos copas, ofreciendo una a Loira y quedándose con la otra. Ostentosamente, se abstuvo de invitar a su visitante.

Dumfry contuvo un gesto de cólera al captar el desprecio que se le hacía.

—Bien — dijo—, ¿qué me contestan ustedes?

—Si mal no he entendido — Mitchens habló con calma—, usted nos está proponiendo un traslado a La Fortaleza, para gozar de aquella buena vida... o la muerte.

—En efecto, ése es el sentido de mis palabras — confirmó el policía.

—Antiguamente, a la primera parte de su oferta se le llamaba soborno.

Dumfry se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera — respondió —. Pero no tienen otra salida posible.

—Los hombres como usted son los que hacen posible el mantenimiento del actual *statu quo*— dijo Mitchens—. Una situación de esclavitud como jamás se ha conocido en la historia de la Humanidad.

—¡Tonterías! El hombre tiene resueltos todos sus problemas; no le falta de nada y es atendido en sus menores necesidades.

—Incluso en la necesidad de su propia eliminación cuando el sistema le ha exprimido como a un limón y ya no necesita de él. Entonces, lo llevan a un horno crematorio.

—Algo hay que hacer con el personal que sobra, ¿no? — dijo Dumfry riendo desvergonzadamente.

—Una forma muy peculiar de pensar — calificó Mitchens —. En otros tiempos, a las personas de edad avanzada o que ya no servían para el trabajo, se las jubilaba y proporcionaba una manutención decorosa; pero no se las asesinaba.

—Hay que ahorrar comida. Quien no trabaja, no come.

—Y al que trabaja se le da la comida hábilmente dosificada con drogas que lo convierten en una máquina que no piensa y que sólo actúa para producir. Capitán, ¿sabe cómo se llamaban esos artefactos?

—Robots, creo; pero ya no se construyen.

Mitchens soltó una risita.

—¿Para qué perder tiempo en fabricar hombres mecánicos, si la naturaleza los proporciona sin apenas esfuerzo y de una calidad infinitamente superior? Pero lo malo del ser humano es que, a pesar de todo, piensa. ¿Se da cuenta de lo que quiero decirle, capitán?

—Muy bien, Mitchens. Por eso estoy yo aquí.

—Sí, para evitar que se extienda esa funesta manía; para evitar que el *Homo Faber* pueda volver a ser *Homo Sapiens.* ¿No es así?

—En efecto — admitió Dumfry sin pestañear.

—Pero no lo conseguirán — declaró Mitchens con gran apasionamiento —. Ahora podrán matarnos a Loira y a mí, como han matado a Deuquin y a Laiz y a tantos otros, pero al pensamiento no se le puede asesinar, por mucho que se pretenda. Si nosotros morimos, otros, algún día, tomarán el relevo y desharán este injusto sistema.

Dumfry sonreía con desprecio.

—Un bonito discurso, pero enteramente utópico — diagnosticó.

—Tal vez por ahora, pero un día se hará realidad, capitán, se lo aseguro. No importa que el *Homo Sapiens* pueda actuar como *Homo Faber,* pero siempre que lo haga con entera libertad, aceptando por sí y sin coacción de ninguna clase un trabajo que sirva a los demás; y nunca formando parte de un sistema de esclavitud que sólo le permite vivir, convertido en una máquina de estructura orgánica. Sólo cuando llegue ese momento se podrá afirmar que existe un sistema de vida aceptado y aceptable.

—¡Lástima! — suspiró Dumfry—. Con lo bien que podría haber vivido usted en La Fortaleza... Y usted también, por supuesto, Loira Quérolan.

La muchacha se encogió de hombros.

—Mis ideas no han variado, capitán — respondió.

—Ni las mías — dijo el esbirro—. Lo siento—añadió—. Después de lo que he oído, me imagino que ya han dicho su última palabra.

— Sí — contestó Loira.

—Sí — confirmó Mitchens.

—Muy bien. —Dumfry se dirigió hacia la puerta—. En tal caso...

—¡Espere, capitán!

Dumfry se volvió y miró al joven de hito en hito.

—No vamos a ir con usted a ninguna parte ni permitiremos que nos arreste para ejecutarnos después— dijo Mitchens en tono firme.

—¿Está seguro? — preguntó Dumfry con burlón acento.

—No hay duda posible.

La mano de Dumfry fue hacia la culata de la pistola que pendía de su cinturón. Mitchens se movió con mayor rapidez y le asestó un terrible puñetazo que lo derribó por tierra.

Pero Dumfry era también fuerte y se recuperó en el acto. Rugiendo de ira, intentó una vez más sacar el arma.

El pie de Mitchens golpeó la mano del esbirro, cuando ya la pistola salía a relucir. El arma voló por los aires.

Dumfry bramaba de ira. Desarmado, intentó golpear a Mitchens para

reducirlo por la fuerza.

Mitchens luchó con desesperación. Si Dumfry ganaba, ellos morirían.

Los dos hombres cambiaron algunos golpes, moviéndose por la sala. De repente, Mitchens, haciendo un supremo esfuerzo, disparó su puño derecho.

El golpe encerraba una potencia demoledora. Dumfry retrocedió atropelladamente, los brazos abiertos de par en par, inclinándose poco a poco hacia atrás.

Su cabeza y hombros chocaron contra el vidrio de una ventana, que saltó en mil pedazos. El obstáculo era demasiado pequeño para detener aquel proyectil humano.

Dumfry lanzó un horroroso alarido al voltear hacia afuera. Braceó frenético, pero su suerte ya estaba echada.

Mitchens sacó medio cuerpo fuera. Dumfry se alejaba velocísimamente hacia la calle, situada a casi cuatrocientos metros de distancia.

Se retiró al interior antes de que Dumfry se estrellase contra el suelo. Volvió la cabeza.

Loira le miraba, terriblemente pálida. De pronto, la muchacha recordó algo:

— ¡Rickett! ¡Hay dos agentes en el pasillo! — exclamó.

* * *

Mitchens abrió la puerta y en tono lleno de naturalidad, dijo:

—Entren, muchachos; el capitán Dumfry les aguarda.

Los dos policías cruzaron el umbral sin sospechar nada. Mitchens cerró a continuación y añadió:

— Eh, amigos, miren esto.

«Esto» era la pistola de Dumfry. Los dos policías contemplaron el arma con perplejidad.

—¿Dónde está el capitán? — preguntó uno de ellos.

—Tenía prisa y salió por la ventana.

Hubo una corta pausa de silencio. Mitchens movió un poco la mano armada.

—No llagan nada o dispararé — advirtió—. Dejen que la señorita Quérolan les quite sus pistolas y seguirán viviendo.

La amenaza del arma que empuñaba Mitchens no permitía a los guardias otra alternativa. Una vez desarmados, Loira rasgó una sábana a tiras.

Minutos más tarde, los policías estaban atados y amordazados. Mitchens y Loira se dispusieron a abandonar el piso.

—Antes te hice una pregunta, pero no tuviste tiempo de contestarme, Loira — dijo él.

—Lo recuerdo perfectamente, Rickett. La estación central de televisión está en La Fortaleza.

—Muy bien, eso es lo que quería saber. Vamos allá.

Entraron en el ascensor.

—Me siento un poco confusa, Rickett — declaró ella, mientras el aparato se deslizaba hacia abajo—. ¿Cómo podremos llegar hasta la cima de La Fortaleza?

Mitchens sonrió.

—Seguiremos el mismo camino que me indicó Laiz — contestó.

—Pero allí pueden estar advertidos...

—O quizá no, porque no he oído mencionar a Dumfry nada acerca de esa ruta de acceso a la meseta superior. Y Dumfry no era hombre capaz de guardar un secreto... cuando sabía que su interlocutor sí lo iba a guardar, ¿comprendes?

Loira hizo un gesto de asentimiento. Poco después, estaban en la calle.

En el exterior reinaba un desconcierto singular. Había algunas personas tendidas en el suelo.

—¿Qué pasa, Rickett? — preguntó Loira.

Mitchens lo entendió rápidamente.

—No están acostumbrados a presenciar accidentes mortales y se han desmayado — explicó.

Sonaban algunos gritos de horror. Varias personas corrían enloquecidas, despreciando las aceras móviles.

Un reguero de inequívoco color rojo se deslizaba por el suelo hacia la tapa de una alcantarilla próxima. Loira volvió la cabeza para no ver el aplastado cuerpo del capitán Dumfry.

A medida que avanzaban, pedían darse cuenta de que algo nuevo flotaba en el ambiente y no sólo por la muerte de Dumfry que, lógicamente, no había podido llegar a oídos de otras personas situadas lejos del lugar del accidente. Se veían miradas menos vacuas y expresiones de mayor resolución **y** energía en muchos rostros humanos.

—El *Homo Faber* empieza a reaccionar — dijo Mitchens, satisfecho.

—Muchos se dan ya cuenta de que son algo más que meras piezas de una gigantesca maquinaria — observó Loira, no menos complacida.

Las cintas transportadoras les llevaron, por etapas sucesivas, hasta los límites de la ciudad, allí donde se acababan los edificios y comenzaba el campo abierto.

Al fondo, destacando contra el horizonte, se divisaba la pétrea mole de La Fortaleza.

—Allí está el centro neurálgico de la opresión que sufre la Humanidad^-dijo Mitchens—. Es nuestra última oportunidad para destruir el sistema. Si no triunfamos, la oscuridad continuará durante muchos siglos

todavía

Loira hizo un gesto de asentimiento. Sí, era su última oportunidad.

—Vamos a entrar en La Fortaleza, de donde sólo podemos salir de una manera: triunfadores o cadáveres.

El sol rojo, se ponía tras La Fortaleza. Ninguno de los dos tenía la seguridad de volverlo a ver al día siguiente.

* * *

Informe reservado del sargento Melles:

El capitán Bik Dumfry fue muerto al practicar la detención de dos miembros del «Grupo Pensante». Los guardias que le acompañaban fueron atacados y puestos fuera de combate.

Los dos sospechosos escaparon. Ignórase su paradero.

Solicito respetuosamente instrucciones.

* * *

Respuesta reservada del Director de Primer Orden Jan Pwiw:

Ninguna instrucción especial.

El caso queda exclusivamente a mi cargo.

* * *

Jan Pwiw se asomó a uno de los ventanales de su lujosa residencia y contempló el distante panorama de la ciudad, que era un ascua de luz.

— Vendrán — dijo a media voz —. Estoy seguro de que vendrán aquí.

Y se preparó para recibir a los dos miembros más peligrosos del «Grupo Pensante».

* * *

Era ya noche cerrada cuando Mitchens y Loira se detuvieron al pie del farallón. La flecha fosforecía en el mismo lugar.

—Aquí es — dijo él.

—Espero que funcione el mecanismo — deseó Loira.

—Yo también lo creo así. De todas formas, no nos queda otro remedio que correr el riesgo.

—No puede pasar nada, Rickett. Éste es el ascensor secreto que Laiz se hizo construir para entrar y salir sin ser visto de nadie, cuando quería reunirse con nosotros.

—Bien — dijo él —, de todas formas, ahora vamos a tener ocasión de comprobarlo.

Apoyó la mano en la punta de la flecha y la puerta de roca giró silenciosamente a un lado. Rickett y Loira cruzaron el umbral.

La puerta volvió a cerrarse. El ascensor se elevó automáticamente en el acto.

Mitchens pasó un brazo por los hombros de Loira, suspiró y dijo:

—Ahora es cuando de veras iniciamos nuestra aventura final.

CAPÍTULO XIII

Los ojos de Jan Pwiw recorrieron deliciosamente el esbelto cuerpo de Avia Kastam, a la vez que sonreía con expresión complacida.

—Habrás sentido mucho la muerte de Laiz — dijo.

Avia levantó la barbilla en gesto orgulloso.

—No tengo por qué comunicarle a usted mis sentimientos — contestó.

—¿De veras? Me los has comunicado ya, involuntariamente, por supuesto. Estabas sometida a la acción de una droga narcótica y me dijiste, sin querer, el camino que habías seguido para llegar hasta aquí.

Avia se puso pálida.

—¿Cómo se atrevió...?

—¿Qué no haría yo por evitar algunas cosas? — dijo Pwiw riendo—. La verdad, cuando vine al alojamiento de Laiz y te encontré aquí, me sorprendí muchísimo. Luego recordé que yo, en persona, había dado instrucciones para tu eliminación, pero al verte viva comprendí en el acto lo que había sucedido.

»Hay un control riguroso de entradas y salidas. Puesto que tu entrada no figuraba de ningún modo, resultaba obvio que alguien te había traído hasta aquí, utilizando algún acceso secreto. Naturalmente, te negaste a darme los informes que yo necesitaba, pero la droga narcótica me evitó muchísimo trabajo.

—Usted y los suyos desaparecerán, serán barridos por...

Pwiw soltó una cínica carcajada.

—No seas ilusa—contestó—. Se te permite ser herniosa, pero no emplear el cerebro. Por cierto, el difunto Laiz tenía muy buen gusto; es preciso reconocerlo.

—Si está pensando en mí como objeto de su placer, olvídelo. Jamás accederé a...

—De eso hablaremos más adelante, preciosa. Tú verás qué es lo que más te conviene: mi amistad o un saltito por el despeñadero, como le pasó a Matías.

Avia estaba horrorizada.

—Entonces fue usted — dijo.

—Lo reconozco. Pero Matías no recibió sino el justo castigo a su traición.

—Era mi hombre bueno.

—Un estúpido, pero ya no tenemos por qué hablar más de él.

En la habitación contigua se oyó un ligero tintineo. Pwiw volvió la cabeza un instante y luego sonrió.

—Ven, Avia — dijo—. Quiero enseñarte algo verdaderamente interesante.

Atraída por la curiosidad, Avia siguió al Director. En la otra estancia, al pie de una reproducción de un cuadro famoso, se veía una lámpara de color verde encendida.

—El ascensor está funcionando — dijo Pwiw.
—¿Quién viene? — preguntó Avia, curiosa a su pesar.

—¿No te lo imaginas? Mitchens y Loira, pero... mira aquí, Avia. Fíjate en este interruptor. Lo he hecho instalar yo, como control del ascensor secreto de Matías. El aparato funciona automáticamente o a deseo de las personas que viajen en él. Pero si pulso este botón, la corriente se interrumpirá y... ¿te imaginas lo que les pasará a nuestros amigos?

Avia estaba helada de espanto. No obstante, consiguió dominarse y, simulando indiferencia, dijo:

—Habrá otro mando para hacer funcionar el ascensor desde aquí, ¿no es cierto?

—Claro. El botón contiguo sirve para restablecer la corriente y dejar las cosas tal como estaban... aunque me parece que después de lo que va a pasar aquí, ya no será necesario utilizarlo.

—¿Qué es lo que va a pasar?—preguntó Avia.
—Muy sencillo: esto.
El índice de Pwiw se apoyó en el botón.
Sonó una estentórea carcajada:
—Ahora, sin corriente, el ascensor se precipitará hacia abajo, desde unos quinientos metros de altura, con sus ocupantes dentro.

* * *

—Estamos a punto de llegar — dijo Mitchens.
—Nunca he sentido claustrofobia — murmuró Loira—, pero en esta ocasión, estoy terriblemente ansiosa de ver la luz de las estrellas.

El ascensor se paró de repente.
—¿Qué sucede? — exclamó ella, asustada. Mitchens no pudo contestar. Apenas un segundo después de la parada, el ascensor empezó a caer, despacio al principio, con creciente velocidad después.

Loira lanzó un grito de horror y se abrazó estrechamente a Mitchens.

El joven no dijo nada.

Sobraban las palabras. Ni siquiera intentó indicar a Loira que se tendiese de espaldas en el suelo del ascensor.

La distancia era excesiva. Tumbados o de pie, morirían igualmente en el momento del impacto.

Loira sollozó amargamente.
—Esto es el fin — dijo.

* * *

— Es el fin — dijo Pwiw, muy complacido. Avia retrocedió un paso.

Debía hacer algo para salvar a sus amigos. Buscó con la vista. Los Directores vivían con grandes lujos. Incluso tenían jarrones decorativos.

Avia no se lo pensó dos veces. Agarró un jarrón y lo estrelló contra la cabeza de Pwiw.

El Director se desplomó, lanzando un rugido de dolor. Avia saltó hacia delante y pulsó el interruptor que restablecía la corriente.

La lámpara de control verde volvió a encenderse. Pwiw, semiatontando, con la cabeza ensangrentada, se retorcía débilmente en el suelo.

Avia cogió un segundo jarrón, dispuesta a utilizarlo si era necesario. Pero entonces se apagó la luz y dedujo que el ascensor había llegado al término de su viaje.

Entonces lanzó el jarrón a un lado y echó a correr. Salió fuera del lujoso palacete y miró en todas direcciones.

Sentíase desconcertada. ¿Dónde podía estar la entrada al ascensor?

Había venido de noche y la mesta superior era muy grande, aparte de que en los momentos de su llegada, acompañada por Laiz, no se encontraba en condiciones de fijarse en detalles. Dudó unos momentos y cuando se disponía a correr de nuevo, oyó a sus espaldas la voz de Pwiw:
—¡Avia!
La joven se volvió. Pwiw estaba en la puerta del palacete, empuñando algo con la mano derecha.

Avia sintió un vago terror y quiso huir, pero la descarga fue más rápida que ella. Se notó envuelta en una nube de intensísimo calor y luego todo se hizo tinieblas para ella.

Pwiw barbotó una imprecación.

—Maldita traidora...—jadeó—. Esos miserables han tenido tiempo ya de llegar a la meseta... ¡pero juro que no les dejaré volver! ¡Se quedarán aquí para siempre!

Echó a correr hacia el borde de la meseta, donde sabía se hallaba la boca de acceso al ascensor. Al llegar allí, se encontró con la puerta abierta.

La plataforma del ascensor estaba a nivel del suelo, pero el aparato se hallaba vacío. Pwiw maldijo profusamente, porque no tenía la menor idea del lugar hacia el cual podían haberse dirigido sus enemigos.

* * *

El vertiginoso descenso perdió velocidad y, finalmente, se detuvo. Todavía abrazados, Mitchens **y** Loira se miraron maravillados.

—¿Se producen milagros en estos tiempos, Rickett? — preguntó ella.

El ascensor reanudó su viaje hacia la superficie.

—No lo sé — contestó él—, pero esto se lo parece mucho.

Momentos después, subían a la superficie. Mitchens respiró a pleno pulmón el aire del exterior.

—Me parece mentira estar con vida todavía — dijo —. ¿Qué habrá pasado, Loira?

—No tengo la menor idea, Rickett, aunque estoy segura de que un alma bondadosa ha intervenido en nuestro favor.

—Es muy posible y me gustaría conocerla para darle las gracias.

—A mí también, pero creo que será mejor que no esperemos aquí. ¿Te parece bien, Rickett?

—Me parece estupendo, Loira.

Echaron a correr. Mitchens preguntó a los pocos instantes:

—Supongo que conocerás el emplazamiento de la estación central de televisión, ¿no es así?

—Al menos, teóricamente, porque me lo indicó Laiz — respondió la muchacha.

De pronto, vieron a lo lejos un intensísimo resplandor.

—¿Qué es eso? — preguntó Loira, asustada.

—Alguien ha disparado una pistola — contestó Mitchens. Se tocó la culata de la que llevaba a la cintura y agregó —: Será mejor para ese tipo que sea rápido con nosotros o no vivirá para contarlo si intenta atacarnos. ¡Vamos, Loira!

Reanudaron la marcha. Loira buscaba los lugares menos frecuentados. De cuando en cuando, pasaban por las inmediaciones de lujosos palacetes, brillantemente iluminados.

En algunos vieron a hombres y mujeres, elegantemente ataviados, cenando manjares exquisitos. En otros se producían escenas nada morales.

—Y ésos son los que pretenden regir los destinos de la Humanidad — dijo Mitchens con rabia.

—No lo pretenden, sino que, hasta ahora, lo están haciendo — puntualizó Loira.

De pronto, la muchacha se detuvo ante un cubículo de forma cuadrada, con una puerta de hierro por toda abertura.

—Esta es la entrada, Rickett — dijo.

Mitchens probó a abrir. La puerta estaba cerrada.

—Tengo una llave que no falla jamás — murmuró.

Retrocedieron dos o tres pasos. Mitchens lanzó una descarga contra la cerradura, que se fundió instantáneamente.

Acto seguido, se acercó a la puerta y le asestó un fuerte puntapié.

—El paso está libre — anunció.

Cruzaron el umbral y se hallaron ante el arranque de una escalera, brillantemente iluminada, que se hundía en el subsuelo. En el momento en que se disponían a iniciar el descenso, se oyó una serie de suaves tañidos de campana, que resonaban por todo el ámbito de la meseta.

Mitchens volvió la cabeza, alarmado.

—¿Qué diablos es eso? — gruñó.

—La señal de reunión de todos los Directores y Superintendentes Superiores — dijo Loira—. Alguien los convoca para un debate de urgencia, Rickett.

—Entonces, no tenemos tiempo que perder, Loira— exclamó él—. Vamos, debemos actuar con rapidez, antes de que sea demasiado tarde.

Y sin más, se lanzaron escaleras abajo, en busca de lo que estimaban iba a ser solución definitiva del problema del *Homo Faber.*

CAPÍTULO XIV

La escalera terminaba a unos veinte metros de la entrada y daba a un inmenso subterráneo, sostenido por pilastras de cemento, en el que se divisaban infinidad de armarios metálicos semejantes a gigantescos archivadores.

El silencio era casi absoluto. Apenas se oía un levísimo rumor de engranajes que funcionaban constantemente.

—¿Dónde estamos, Loira? — preguntó él.

—Ésta es la sala de programas. Todo funciona aquí automáticamente, Rickett. Programados por las computadoras, las emisiones de televisión salen al aire en el día y momento señalados, sin intervención alguna de la mano humana. El archivo de los mismos es asimismo automático.

—Pero en algunas ocasiones, se emplean locutores...

—¿Cuántas veces muere un Primer Director de Primer Orden? — preguntó ella con amarga ironía—. ¿Para quiénes son las emisiones ordinarias, sino para los esclavos?

—Sí, tienes razón — convino Mitchens —. Sigamos,

Reanudaron la marcha. Parecía que la sala de archivo de programas no tuviera fin.

De pronto, se detuvieron ante una puerta en la que se leía:

ESTUDIO CENTRAL

—Aquí es — indicó Loira.

Resuelto, Mitchens alargó la mano y abrió la puerta. Había un hombre en la sala, vigilando la emisión, sentado ante una pared llena de monitores de control.

El individuo se volvió, sorprendido.

—¿Quiénes son ustedes? — preguntó.

Mitchens le apuntó con la pistola.

—Usted es el encargado de emisiones, ¿no es cierto?

—Sí, pero aquí no puede entrar sino el Director de Diversiones...

—¿Qué le parece el permiso que llevo en la mano? — preguntó Mitchens.

El hombre hizo un gesto de indiferencia.

—No pienso resistirme — manifestó.

—Así está mejor — sonrió Mitchens—. Escuche, amigo, vamos a pedirle un favor. Espero que se muestre benevolente con nosotros.

—Con ese chisme en la mano, desde luego. ¿Qué es lo que quieren?

—Hace poco dieron la noticia de la muerte de Laiz por mediación de una locutora.

—Así es. Se suele hacer en casos verdaderamente excepcionales;..

—Éste es un caso excepcional — cortó Mitchens, a la vez que se volvía hacia la muchacha—. ¿Quieres hablar tú, Loira? Seguramente lo harás mejor que yo.

—No hay inconveniente — accedió ella —. Pero me asalta una duda, Rickett.

—Dime, querida.

—¿Dará resultado? ¿Servirán de algo mis palabras?

Mitchens la miró fijamente.

—Loira, de una cosa puedes estar segura, y es de que, a partir de este momento, el hombre va a empezar a pensar de nuevo. No pretendemos una transformación radical e instantánea de las condiciones de vida actuales; al contrario, resultaría una catástrofe. Pero cuando la gente empiece, a pensar, querrá vivir de otro modo... y eso, a fin de cuentas, es lo que estamos buscando, ¿comprendes?

—Sí, queremos que el hombre piense de nuevo y si lo logramos, será libre de verdad

—Exactamente — afirmó Mitchens, sonriente.

Se encaró con el individuo y le dijo:

—Amigo, disponga todo para que la señorita pueda hablar a todo el mundo. Lance la señal de atención general, para que todos los televisores conecten la emisión, si no están conectados ya. ¿Ha comprendido lo que quiero decir?

—Sí, señor — accedió el encargado resignándose.

Momentos después, Loira se situaba delante de una cámara. El encargado pulsó un botón y, después de unos segundos de espera, hizo un signo con la mano.

—Adelante, ya puede hablar — indicó.

* * *

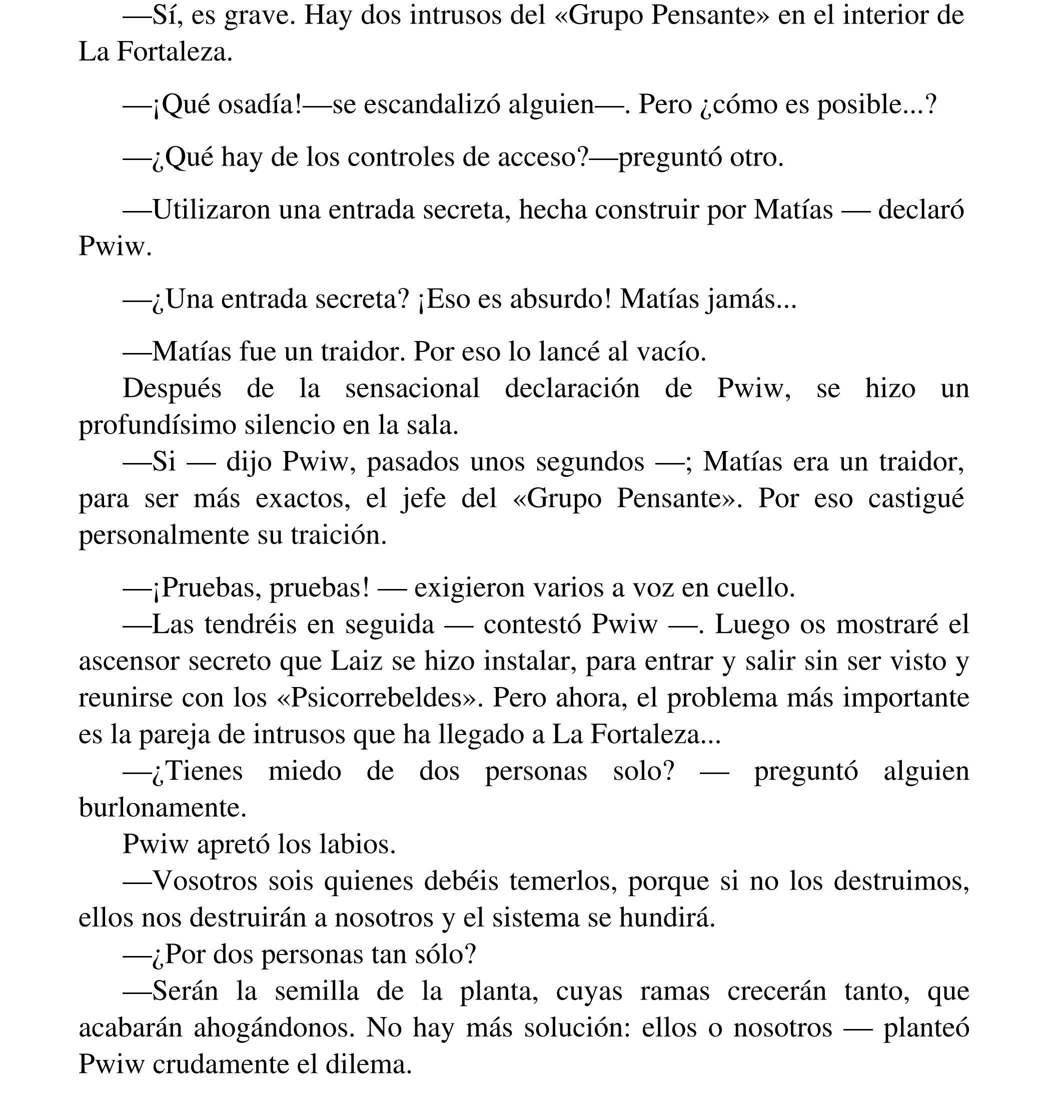
En su inmensa mayoría, los Directores y Superintendentes Superiores entraban malhumorados en la sala de reuniones. Sentado en su sitio, Pwiw

esperaba, tabaleando nerviosamente con los dedos sobre la mesa.

—¿Qué sucede?
—¿Por qué se nos convoca a hora tan desusada?
—Todavía no ha llegado el momento de la elección de Primer Director

—Sacarle a uno de la cama, a estas horas...
Pwiw aguantó impasible el chaparrón de protestas, hasta que vio que la mayoría de Directores y Superintendentes Superiores estaban ya en la sala. Entonces se puso en pie.
—Amigos, el autor de la convocaría soy yo — declaró.

—Lo has hecho con señal de urgencia — dijo uno—. ¿Tan grave es el tema que hemos de tratar?



—Sí, es grave. Hay dos intrusos del «Grupo Pensante» en el interior de La Fortaleza.

—¡Qué osadía!—se escandalizó alguien—. Pero ¿cómo es posible...?

—¿Qué hay de los controles de acceso?—preguntó otro.

—Utilizaron una entrada secreta, hecha construir por Matías — declaró Pwiw.

—¿Una entrada secreta? ¡Eso es absurdo! Matías jamás...

—Matías fue un traidor. Por eso lo lancé al vacío.
Después de la sensacional declaración de Pwiw, se hizo un profundísimo silencio en la sala.
—Si — dijo Pwiw, pasados unos segundos —; Matías era un traidor, para ser más exactos, el jefe del «Grupo Pensante». Por eso castigué personalmente su traición.

—¡Pruebas, pruebas! — exigieron varios a voz en cuello.
—Las tendréis en seguida — contestó Pwiw —. Luego os mostraré el ascensor secreto que Laiz se hizo instalar, para entrar y salir sin ser visto y reunirse con los «Psicorrebeldes». Pero ahora, el problema más importante es la pareja de intrusos que ha llegado a La Fortaleza...
—¿Tienes miedo de dos personas solo? — preguntó alguien burlonamente.
Pwiw apretó los labios.
—Vosotros sois quienes debéis temerlos, porque si no los destruimos, ellos nos destruirán a nosotros y el sistema se hundirá.
—¿Por dos personas tan sólo?
—Serán la semilla de la planta, cuyas ramas crecerán tanto, que acabarán ahogándonos. No hay más solución: ellos o nosotros — planteó Pwiw crudamente el dilema.

—Bien, dinos qué debemos hacer. No creo que liquidar a dos personas ser tan difícil.

—No tenemos guardias aquí arriba. Nuestros sistemas de control nos protegen perfectamente contra los intrusos... nos protegían hasta ahora; por dicha razón, y por la propia seguridad del silencio, jamás hubo vigilantes en La Fortaleza. Todo lo tendremos que hacer nosotros...

Una serie de tañidos interrumpió de pronto el discurso de Pwiw. Tres docenas de pares de ojos se volvieron hacia las pantallas individuales.

—Señal de conexión general — dijo uno.

Pwiw se mordió los labios.

—¿Quién diablos ha dado esa orden? — preguntó, desconcertado.

* * *

—Estáis intoxicados, embrutecidos, envilecidos... Cada uno de los que me escucha es un perfecto ejemplar de *Homo Faber,* un vegetal viviente, que no piensa, que se limita a comer, dormir y satisfacer sus más perentorias necesidades, divirtiéndose cuando le programan la diversión y uniéndose con otra persona de distinto sexo cuando se lo ordenan.

»Es preciso que cada uno de vosotros piense, que sepa emplear su cerebro..., pero bien es verdad que toda la culpa no es vuestra, sino de quienes os han estado explotando durante siglos para la satisfacción de sus ambiciones personales, de sus lujos, de sus diversiones privadas... Ellos son los verdaderos culpables del actual estado de cosas; y cuando los actuales habitantes de La Fortaleza hayan sido depuestos, un nuevo orden surgirá, en donde el *Homo Sapiens* dominará no por la fuerza, física o mental, sino por la persuasión.

Loira hizo un gesto y el vigilante cortó la transmisión.

—¿Qué te parece mi discurso? — preguntó.

Tenía los ojos brillantes, la cara encendida y el seno palpitante por la excitación del momento. Mitchens la miró y sonrió:

—Magnífico. No se podía decir más con menos palabras — contestó —. Pero ahora nos enfrentamos con un problema.

—¿Cuál, Rickett?

—La conexión ha sido general. Ellos habrán oído también tu discurso.

—Lo sé; y harán todo lo posible por impedirnos completar la ejecución de la segunda parte de nuestro plan.

Mitchens elevó las cejas.

— ¿Qué segunda parte? — preguntó.

—La programadora de alimentos — respondió Loira—. ¡Vamos, es preciso rectificar algunos de sus programas!

Mitchens creyó entender y corrió tras la muchacha. Momentos más tarde, salían al exterior.

—¿Sabes tú dónde está esa máquina? — preguntó.

—Sí. Laiz me hizo una detallada descripción de la meseta y sus edificios.

Ella le guió a través de parques y jardines que aparecían singularmente hermosos a la luz de la luna, hasta un edificio de forma cuadrada, bajo y alargado. Tenía ventanas, pero todas, así como la puerta, estaban cerradas.

—Aquí es — indicó ella.

Rickett abrió por el mismo procedimiento que la vez anterior. Entraron en el edificio y se hallaron en una gran sala, una de cuyas paredes estaba totalmente ocupada por una enorme calculadora.

—La máquina está unida a todas las que producen alimentos en el globo — dijo Loira—. De aquí salen los programas para la transformación, elaboración **y** transporte de alimentos. Como en la televisión, los programas se elaboran para un año al menos y la máquina los pone en ejecución automáticamente.

—Después de haber recibido información sobre la cantidad de alimentos que han de ser transformados y distribuidos.

—Naturalmente, así es. Y también recibe información sobre ciertas sustancias que entran en la composición de los alimentos...

— Está muy enterada de ciertas peculiaridades de esa máquina, señorita — sonó de pronto la voz de Pwiw.

Mitchens y Loira se volvieron en el acto.

Ella emitió un gemido de desaliento. Parado a pocos pasos de la puerta, con una pistola en la mano, Pwiw sonreía burlonamente. No estaba solo; con él había tres o cuatro individuos más, todos ellos igualmente armados.

* * *

—Me lo dijo un hombre honesto a quien usted asesinó — contestó Loira, tratando de recobrar el ánimo.

—Un traidor — calificó Pwiw.

—Traidor a ustedes, tal vez, pero no a la Humanidad, a quien él se debía, como ustedes se debieron en un tiempo, antes de llegar a la actual situación — declaró Mitchens.

Pwiw se echó a reír.

—Todo es cuestión de apreciaciones — dijo —. Bien, yo no discutiré sobre la opinión que pueda merecernos el difunto Laiz. Ni siquiera voy a discutir sobre el futuro de ambos.

—Porque va a matarnos.

—Sí.

—Es tarde ya, Director.

—¿Cómo? — preguntó Pwiw.

—La semilla ha sido arrojada ya. Pronto empezará a dar sus frutos.

—La gente olvidará pronto lo que ha oído.

—No, no lo olvidarán... Tal vez muchos lo olviden, pero otros guardarán memoria de ese discurso, y empezarán a pensar; y cuando empiecen a pensar, ustedes serán derrocados.

—Hay drogas...

—También había drogas días atrás cuando se suspendió el aflujo de alimentos en un sector. ¿Recuerda usted lo que pasó?

Pwiw apretó los labios.

—Fue usted el causante de todo, ¿no? — preguntó.

—Lo hice porque me pareció adecuado, aunque bien es verdad que me lo indicaron unos amigos míos. Muertos ya, por supuesto.

—Es una lástima — dijo Pwiw—. Fallé cuando subían en el ascensor, pero no ocurrirá lo mismo ahora.

—¿Quién evitó la caída? — preguntó Loira.

—Avia Kastam.

—¡Avia! — resopló Mitchens —. ¿Estaba aquí?

—Si, la trajo Laiz.

—¿Qué ha sido de ella? — quiso saber la muchacha.

Pwiw rió casi silenciosamente.

—¿No se lo imagina? — contestó.

—¡La ha asesinado!

—He hecho justicia...

—Un asesinato, le guste o no —dijo Mitchens—. Y pagará por ello, Pwiw.

—¿Me lo hará pagar usted? — preguntó el director irónicamente.

—En un principio, la solución fue buena. Todo el mundo tenía que trabajar, a cambio de tener la vida asegurada en todos los sentidos. Después, los Directores se sintieron más y más tiranos; a veces, se producían rebeliones, porque los hombres se daban cuenta de que se embrutecían más y más; pero quienes tenían las riendas del poder no permitían se les discutiera y, al fin, se llegó a la degeneración total, a la actual situación de la cual, si ustedes son herederos, no han hecho nada por mejorarla, antes bien, han realizado los mayores esfuerzos para que todo continuase igual o peor aún que antes.

»A mí trataron de integrarme en el sistema por soborno y fallaron — continuó Mitchens su apasionada perorata—. Con otros les fue bien, tal vez, pero no conmigo. Sin embargo, y pese a su pretendida listeza, han caído también en el defecto que inculcaron a los demás: no saben pensar.

»Todo se les daba hecho, apenas tenían trabajo para gobernarnos y eso aniquiló sus mentes, haciéndolos incapaces para adaptarse a los cambios que, inevitablemente, habían de producirse.

—Pero que usted, en todo caso, no verá — declaró Pwiw rabiosamente.

—¿Porque me va a matar, como a Avia?

—Sí, ahora mismo...

Mitchens se echó a reír.

—¿Lo ve? No sabe pensar. Cree que basta apretar el gatillo de la pistola para que se dispare. Vive usted también rutinariamente... y no se le ha ocurrido siquiera que después de cada disparo, es preciso consultar el indicador de carga. ¿Lo ha hecho, Director?

Pwiw bajó los ojos instintivamente. Durante una fracción de segundo, dejó de vigilar al joven.

Mitchens no desaprovechó la ocasión.

Instantes más tarde, Pwiw era un montón de carne carbonizada.

—¡Ustedes! — ordenó Mitchens con voz tonante —. ¡Dejen caer sus armas al suelo o los convertiré en cenizas?

Cuatro o cinco pistolas cayeron al suelo. Mitchens movió la mano izquierda.

— Loira, programa una suspensión total de drogas en los canales alimenticios — ordenó.

* * *

Aquella misma noche, La Fortaleza quedó vacía.

Aún quedaban vivos algunos miembros del «Grupo Pensante». Llamados por Loira, acudieron a prestar su colaboración.

Cerca del amanecer, Mitchens y Loira se acercaron al borde de uno de los acantilados.

—El *Homo Faber* está en vías de extinción — suspiró ella.

—Tardará mucho, pero volverá a ser de nuevo *Homo Sapiens.* Entonces aceptará libremente la sumisión a unas leyes promulgadas por quienes hayan probado antes son buenos y honestos en el ejercicio del gobierno — dijo Mitchens.

Miró al horizonte. Le parecía mentira que sólo unas semanas antes era un simple individuo, que no vivía sino para comer, dormir y distraerse cuando se lo mandaban.

El sol salió por el Este. Anunciaba un nuevo día.

Una nueva Era.

Había acabado la Era del *Homo Faber.*

Empezaba, otra vez, la Era del *Homo Sapiens.*

F I N

Próximo número:

¡Puede suceder en cualquier momento!
Todos nosotros podemos ser víctimas
de ello... pero para poder darnos
cuenta es necesario penetrar en una

EXTRAÑA DIMENSIÓN

Peter Kapra

últimos títulos de esta colección:

GUERRA AL SOL

Lucky Marty

MARTE, BASE DE ATAQUE

Clark Carrados

LOS INMORTALES

Lucky Marty

NAUFRAGIO SIDERAL

Peter Kapra

LA NAVE VENGADORA

Clark Carrados